ADMINISTRACION
DE
OBRAS DRAMÁTICAS Y LIRICAS.

EL TOISON ROTO,

DRAMA

EN TRES ACTOS ORIGINAL Y EN VERSO,

POR

DON ANTONIO HURTADO.

Representado por primera vez en el teatro del Príncipe el dia 24 de Abril de 1865.

MADRID.
IMPRENTA DE R. LABAJOS,
calle de la Cabeza, núm. 12.

1865.

CATALOGO

DE LA

ADMINISTRACION GENERAL DE OBRAS DRAMÁTICAS

¡Y LÍRICAS

DE D. FRANCISCO RUBIO,

San Pedro Mártir, 12, segundo.

OBRAS DRAMÁTICAS.

EN UN ACTO.

A caza del premio grande.
Al que se hace de miel...
Amor y dinero.
Aventuras de un cesante.
Consuelo.
El Angelito.
Don Ramon.
El huérfano ó el niño mendigo.
¡El Rey ha muerto! ¡Viva el Rey!
Este cuarto no se alquila.
Fuego entre ceniza.
Fortunato Azares.
Las pesquisas de mi suegro.
Loco de atar.
Los dos preceptores.
Los apuros de Gaspar.
Me conviene esta mujer.
Pecador y arrepentido.
¡Presente, mi general!
Por un bofeton un duelo.
Receta contra los locos.
Red de novios.
Triana la Macarena.
Un asunte de familia.
Un casamiento original.
Una carga de caballeria.
Una mamá como hay muchas.
Una obra de caridad.
Vida prosáica.

EN DOS ACTOS.

El caballero pobre.
El pedestal de la estatua.
Los tres talismanes.

EN TRES Ó MÁS ACTOS.

Achaques de la vejez.
Al borde del abismo.
Beltran.
Beppo el Aventurero.
Don Tello de Guzman.
El padre de familia.
El honor y el trabajo.
El lago de Glenaston.
El matrimonio de conciencia.
El Toison roto.
¡Españoles, á Marruecos!
Gabriela de Vergy.
La mejor joya, el honor.
La boda de Enriqueta.
La flor trasplantada.
La piedra de toque.
La primera falta.
La princesita.
La profecia.
La teoria de la voluntad.
Las aves de paso.
Loco de amor.
Los franceses en España.
Los pobres de levita.
Los polacos.
Luisa ó historia de una madre.
Luz en la sombra.
Marco Spada.
Martir siempre, nunca reo.
Mi suegra y yo.
Pobres y ricos.
Un bandido de levita.
Un dia en el gran mundo.
Ví y vencí.
La serrana de las Navas.
Llegué, ví y vencí.
Los polvos de la madre Celestina, M.
La redoma encantada, M.

ZARZUELAS (1

EN UN ACTO.

Angelita, M.
Atala y Chactas, L. y M.
Batalla de amor, L.
Cada loco con su tema, L. y M.
Casado y soltero, L.
De tal palo tal astilla, M.
El amor y el almuerzo, L.
El Angelito, L.
El Grumete, M.

(1) De las obras que van marcadas con las iniciales L. ó M. pertenece sólo á esta Administracion, la música ó el libreto, y las que llevan L. y M. corresponden á la misma por completo. — Toda partitura que se pida por los representantes de esta Galería, se considera como vendida, y los mismos han de responder de su importe.

EL TOISON ROTO.

5 2'00

EL TOISON ROTO,

DRAMA

EN TRES ACTOS ORIGINAL Y EN VERSO,

POR

D. ANTONIO HURTADO. y Valhondo

Representado en el teatro del Príncipe en Abril de 1865.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1865.

AL EXCMO. SR. D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO,

EX-MINISTRO DE LA GOBERNACION.

Mi querido amigo: Acepta la dedicatoria de este drama cuyo escaso mérito necesita del amparo de un nombre como el tuyo, ilustre en la política y en las letras. Excuda, pues, su pequeñez, y sea testimonio vivo del singular afecto que te profesa tu apasionado amigo,

A. Hurtado.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en los teatros de España y sus posesiones de Ultramar.

El autor se reserva asimismo el derecho de traduccion, de impresion y de representacion en el extranjero, segun los tratados vigentes.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

Los corresponsales de DON FRANCISCO RUBIO, dueño de la Administracion general de obras dramáticas y líricas, son los encargados exclusivos de su venta y del cobro de sus derechos de representacion en dichos puntos.

Examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.

Madrid 28 de Marzo de 1865.

El Censor de Teatros,

NARCISO S. SERRA.

PERSONAJES.	ACTORES.
ISABEL.....	D.ª Matilde Diez.
INÉS.....	D.ª Adelaida Zapatero.
DON JUAN.....	D. Manuel Catalina.
DON LUIS.....	D. Antonio Pizarroso.
DON DIEGO.....	D. Miguel Ibañez.
EL REY.....	D. Rafael Muñoz.
DON ALONSO.....	D. Manuel Pastrana.

La escena pasa en una quinta cerca de Villagarcia. (Valladolid.)

ACTO PRIMERO.

Habitacion de la quinta: puertas á derecha, izquierda y fondo: mirador que da al campo á la derecha del actor: cuadros de cuerpo entero, entre los cuales se ve el del emperador Cárlos V. Moviliario y adornos de la época. Isabel é Inés estan al mirador á tiempo de abrirse la escena.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL, INÉS.

ISABEL. ¡Nada, ni viene ni asoma!
INÉS. ¿Volvemos á las andadas?
ISABEL. ¡Ausente toda la noche,
ausente, Inés, de su casa!
INÉS. Ya vendrá.
ISABEL. ¿Por qué no ha vuelto?
INÉS. Bah!... no es mucha su tardanza.
ISABEL. Toda la noche han corrido
por el monte nuestros guardas;
y aunque han fatigado el viento
con voces y luminarias,
sin él al fin se han venido
despues de rayar el alba.
INÉS. ¿Y quién sabe si cansado

le dió abrigo una majada
de pastores? Á su edad,
despues de un dia de caza,
es dulce y sabroso un lecho
de tomillos y retamas.
Allí al amor de la lumbre,
envuelto entre pieles blancas,
durmiéndose al son que el aire
hace al tocar en las ramas,
¿quién lleva cuenta, señora,
con lo que por fuera pasa?

ISABEL. ¡Sin pensar que con su ausencia
el corazon sobresalta
de un padre amoroso y tierno
que por él vive y se afana!
¡Sin pensar en el disgusto
que ocasiona con su falta
á quien lleva desde niña
su imágen dentro del alma!
¡Oh!... ¡no es posible! no tiene
don Juan tan duras entrañas.

INÉS. ¿Entonces, qué presumis?

ISABEL. No sé, temores me asaltan
que no comprendo, ni alcanzo
para explicarlos palabras.

INÉS. ¡Celos, quizás!

ISABEL. Si son celos
presunciones de desgracias,
que celos siento presumo
segun lo que me maltratan.

INÉS. ¿Pero de quién?

ISABEL. No lo sé.

INÉS. ¿Qué habeis visto?

ISABEL. En su mirada
hay un no sé qué, Inés mia,
que me deslumbra y me espanta.
Muchas veces cuando amante
me sigue por la campaña
comparándome á las flores
ó á la luz de la mañana,
despues de haberme pintado
su amor con tintas bizarras,

se detiene y me detiene;
fija su mirada vaga
en el estenso horizonte
que con el cielo se enlaza,
y me dice, señalando
la línea de las montañas:
—«¿Ves, Isabel? mira bien,
mas allá de aquella faja
hay mas tierras: mas allá
pueblos y pueblos se alzan:
mas lejos... ¡el mar!... sus ondas
se quiebran en otras playas.
Ese es el mundo: teatro
de portentosas hazañas,
donde se lidia y se triunfa,
donde renombre se alcanza.
Allí quisiera yo estar,
lidiar por tí, con mi espada
conquistarme una corona
para rendirla á tus plantas.»—
Y aqui enmudece: sus ojos
despiden vívidas llamas,
que á poco lánguidamente
como las del sol se apagan.
Tal en su prision el ave
presume tender las alas,
y plega el vuelo al contacto
de los hierros de su jaula.

INÉS. La verdad es que á don Juan
tanto vuestro tio guarda,
que pienso que ha de haber dia
que ponga á su aliento tasa.

ISABEL. Razon tienes.

INÉS. Y á su edad
hacen muy mala alianza
los arrebatos del jóven
con lo grave de las canas.

ISABEL. Mas ¿dónde estará?

INÉS. ¿Quién sabe?
quizá en la córte de España.

ISABEL. ¿En Valladolid? Inés,
el cielo santo me valga

si es que salen realidades
tus sospechas!

INÉS. ¿Por qué causa?

ISABEL. Porque siempre que hablar oigo
de esa córte tan cercana,
todas las fibras del pecho
presumo, Inés, que me estallan.

INÉS. ¡Eh! no temais: no hay princesa
que os venza en poder y en gracia;
gracia que á don Juan hechiza
y á don Alonso arrebata.

ISABEL. ¡Inés!...

INÉS. ¿Dije don Alonso?
¿qué hay en él que asi os enfada?
¿No es jóven como don Juan?
¿y como don Juan no os ama?

ISABEL. Silencio, Inés, alguien viene.

INÉS. ¡Es don Luis! (Ap.) ¡Uf!... ¡qué cara!

ESCENA II.

DICHAS, D. LUIS.

ISAREL. (Saliendo á su encuentro.)
¡Señor!

LUIS. (Preocupado.) ¿Eres tú, Isabel?

ISABEL. ¿Qué nuevas teneis?

LUIS. Ninguna:
solo sé que por fortuna
está su amigo con él.

ISABEL. ¿Don Alonso?

LUIS. Ayer partió
de caza segun colijo.

ISABEL. ¿Con él?

LUIS. Con él; con el hijo
que el cielo airado me dió.

ISABEL. ¡El cielo airado!

LUIS. Si tal.

ISABEL. Señor, blasfemais.

LUIS. Blasfemo,
porque esto llega á un extremo
que me causa mucho mal.

ISABEL. ¡Él es bueno!

LUIS. Inobediente.
ISABEL. Sumiso
LUIS. Todo le exalta.
ISABEL. Pero os ama.
LUIS. Eso le falta.
ISABEL. ¡Os respeta!
LUIS. ¡Y está ausente!
¡ausente sin mi licencia,
ausente y con tal secreto!
¡vive Dios que su respeto
se hermana con su obediencia!
ISABEL. Pero...
LUIS. En vano le defiendes.
ISABEL. ¡Sois tan severo!
LUIS. Isabel,
es que yo adivino en él
cosas que tú no comprendes.
ISABEL. ¿Dudais de su corazon?
LUIS. Temo su anhelo infecundo,
que no hay ninguno en el mundo
que abrigue mas ambicion.
ISABEL. (Ap.) Dios mio!...
LUIS. Arrogante y loco
con otros goces delira:
cuanto en torno suyo mira
lo tiene, Isabel, en poco.
Le hastia esta soledad
del campo que nos recrea;
desea mas luz, desea
mas aire, mas libertad.
ISABEL. ¿Y eso á su edad os extraña?
LUIS. No; que á fé que no es de ahora
esa sed devoradora
que todo su ser entraña.
La he visto brotar, crecer
á la par de su cariño;
mas si me halagó en el niño
hoy me asusta su poder.
Mirando airado este espacio
dijo un dia:—«¡Suerte escasa!
¿por qué al hacer esta casa
no hicisteis, padre, un palacio?

—Hidalgo pobre nací,
respondí con voz helada.
Y él dijo:—¡Y teniendo espada
os habeis quedado asi!
No es mucho hacer, vive Dios,
exclamó meditabundo:
¡poco habeis sido en el mundo!
yo pienso ser mas que vos.
¡Quedarse en un pobre hidalgo
llevando una espada al cinto!
¡Hernan Cortés! ¡Cárlos quinto!
¡Eso siquiera es ser algo!»

ISABEL. Y sin embargo, señor;
de ese ambicioso ardimiento...

LUIS. Es verdad, yo he dado aliento
á su afan devorador.
Yo en las ciencias le nutrí,
yo en las armas le adiestré;
pero sabe Dios por qué
lo eduqué, Isabel, asi.
Para otro mundo nacido,
nacido para otra esfera,
hoy solamente le espera
la oscuridad, el olvido.

ISABEL. ¿Y qué os importa, señor,
que asi la suerte os desaire,
si aqui tiene espacio y aire,
hogar, familia y amor?
Tal vez el hado le marca
la dicha que aqui se encierra:
¿qué buscará en otra tierra
que no le dé esta comarca?

LUIS. ¡Fortuna!

ISABEL. ¡Sueños de loco!

LUIS. ¡Poder!

ISABEL. Sombra que da espanto.

LUIS. ¡Gloria!

ISABEL. Si, que cuesta tanto,
pero que vale tan poco!

LUIS. Si quien pudo y lo olvidó
(Con triste solemnidad.)
hablado al morir hubiera,

toda esa dulce quimera
le hubiese alcanzado yo.
Mas hoy una piedra inerte
guarda su dicha escondida.
¡Dios perdone á quien tal vida
envolvió en perpétua muerte!

INES. Mas no decis que con él
fué don Alonso?

LUIS. Asi dijo
al hablarme de su hijo
don Gonzalo Pimentel.
Que ignorando lo que pasa,
decirle yo no he querido
que ni en su casa ha dormido
ni ha dormido en esta casa.
Mas en tanto que con ley
de padre, ayer escribia
y amante para él pedia
no sé que favor al rey,
de acuerdo puestos los dos
concertaban su partida;
que hay contrastes en la vida
solo al alcance de Dios.
¡Un hijo!... soñad con él!
¡pensad en él con afan!
¡todos son como don Juan,
todos como Pimentel!
Mas veré si desde aqui
algo á descubrir se alcanza.
(Ap. entrando en el balcon.)
¡Oh! si burla mi esperanza,
señor, ¿qué va á ser de mí?

ESCENA III.

ISABEL, INÉS.

ISABEL. ¿Oiste, Inés?

INÉS. Si, por Dios,
oí su razonamiento;
mas no sé por qué presiento
que vais errados los dos.

ISABEL. ¡Ay! que no son mis antojos

ya celosos desvarios,
pues lo mismo que los mios
han visto, Inés, otros ojos.
Y cuando igual aprension
observo en su padre, arguyo
que mi corazon y el suyo
responden á un mismo son.
¿Cómo no, si el mio es presa
de un amor que le sofoca?
¿Cómo no, si al suyo toca
lo que á su bien interesa?
Si el suyo, Inés, está herido
del mismo mal que sentí,
¿qué mucho responda asi
mi latido á su latido?
¿No has sentido tú, en el hueco
de un valle, sonar dos voces,
y el viento en giros veloces
hacer de las dos un eco?
Pues es que una de otra en pos
por el mismo viento heridas,
llegan á un punto impelidas
y un eco funde á las dos.
De igual modo aqui se adhieren
estos afectos que ves,
que no se engañan, Inés,
corazones que bien quieren.

INÉS. Yo tales cosas no entiendo,
que son frases como perlas;
mas diré sin entenderlas
lo que me ocurre y comprendo.
Don Alonso Pimentel,
¿no fué con él?

ISABEL. Eso dijo.

INÉS. Pues si está con él, colijo
que don Juan vendrá con él.
¿No está su padre lisiado?

ISABEL. Si.

INÉS. Pues dejad que lo abone,
que no hay nadie que abandone
á un padre viejo y postrado.

ISABEL. Luego juzgas...

INÉS. Que vendrán:
si solo don Juan se fuera,
quizás como vos temiera
que no volviéra don Juan.
Y esto porque vos decis,
lo que decis y no entiendo,
pues aunque al cabo comprendo
la duda de don Luis,
lo que es en vos causa enojos
que agravio hagais á su fama,
porque bien se ve que os ama
como á la luz de sus ojos.

ISABEL. ¡Ay, Inés!... no sé que aliento
me da esa nueva razon.

INÉS. ¡Eh!... si siempre la pasion
nos quita el conocimiento!
Venid, corramos las dos
á procurar mas noticias,
que ya me dareis albricias.

ISABEL. ¡Ay, Inés!... ¡quiéralo Dios!

ESCENA IV.

D. LUIS, saliendo del mirador.

Nada se alcanza en el monte
merced á su sombra oscura:
desierta está la llanura,
desierto está el horizonte.
Conmigo mismo revuelto
batallo y dudo y confio:
pero no vendrá, Dios mio,
no vendrá cuando no ha vuelto.
Su fiera conducta ingrata
al par me enciende y me hiela,
pues si bien quien es revela
con revelarlo me mata.
Su valor dirá quien es
al mundo, mas por lo mismo,
quizás encuentre un abismo
muy pronto bajo sus pies.
¿Qué hacer? no sé, en vano invoco

al cielo amparo y ayuda,
que en esta batalla ruda
estoy volviéndome loco.
Alguien llega: mas me tiene
de tal manera el temor,
que hasta me falta valor
para mirar á quien viene.

ESCENA V.

D. LUIS, D. DIEGO.

DIEGO. Todo el monte he recorrido
sin dejar rastro ni senda;
pero aunque nadie lo ha visto
ni se ha encontrado su huella,
ya mis órdenes he dado,
hermano, de tal manera,
que hemos de hallar á don Juan
si no lo esconde la tierra.

LUIS. (Abismado.) ¡Óigate Dios!

DIEGO. Si me oirá,
que nunca su auxilio niega
á quien humilde le implora
y á quien contrito le reza.
Mas ya que solos estamos,
y que cuento con su vuelta,
bien es que hablemos, hermano,
de cosas altas y sérias.

LUIS. ¿Qué quieres decirme? (Receloso.)

DIEGO. (Ofreciendo silla.) Escucha,
que á los dos nos interesa.

LUIS. (Sentándose.) Ya escucho.

DIEGO. Nuestro buen padre,
(Dios en su gloria le tenga,)
nos legó al dejar el mundo
nombre ilustre y poca hacienda.
Mayorazgo de esta casa
quedéme yo al frente de ella,
mientras de fama ganoso,
tú te partiste á la guerra.
Si lidiaste bien, lo dicen

aqui tus cansadas fuerzas;
si yo trabajé con fruto
lo pregonan mis riquezas.
Que tú lograste favores
allá en la córte del César,
lo está revelando á voces
la estrechez en que te encuentras;
que por demas es sabido
por ser cosa muy añeja,
que servicios de leales
se premian mal, si se premian,

LUIS. ¿Qué quieres decir?

DIEGO. Atiende,
y que acabe, hermano, deja.

LUIS. Prosigue.

DIEGO. Andando los tiempos
me casé; fruto de aquella
union que el cielo bendijo,
fué Isabel: con suerte adversa
vino al mundo, pues su madre
que era como hermosa buena,
alma y vida dió á su hija,
y murió porque viviera.
Tambien por aquellos dias
segun tú mismo lo cuentas,
perdió don Juan á su madre,
y á España diste la vuelta.
Nunca la razon me has dado
de este suceso; y no creas
que porque quiera saberlo
mi acento te lo recuerda.
Duélome de tus pesares
y me amargan tus tristezas;
pero el secreto es muy tuyo
y tu hermano lo respeta.
En fin, viniste á tu casa
como quien náufrago llega,
y has vivido desde entonces
entregado á las tareas
de hacer á don Juan maestro
en las armas y en las ciencias.
Quizás tú mismo has labrado

la desdicha que te aqueja,
brotar haciendo en su pecho
ambiciones lisonjeras.
Plumas visten los soldados,
con plumas se hacen las letras,
quien con tantas plumas anda
no es mucho que volar quiera.

LUIS. ¡Diego!

DIEGO. No quiero ofenderte;
mas el mal á un punto llega,
que es justo ponerle coto
é impedir que mayor sea.

LUIS. ¿Qué pretendes?

DIEGO. Viejos somos,
tan solo en los dos alienta
nuestra raza: el tiempo corre:
quizás la muerte está cerca.
La esperanza de los padres
de los hijos se alimenta,
y pues los nuestros se quieren
casarlos mi amor anhela.

LUIS. ¿Qué escucho? (Ap. sorprendido.)

DIEGO. Y este es el medio
de sujetar la impaciencia
y la ambicion de ese mozo
que tanto pesar te cuesta.
Pues preso al cabo en las redes
con que el deber encadena,
dejará vanos deseos
por una ventura cierta.

LUIS. (Levantándose.) ¡Imposible!

DIEGO. (Lo mismo y con asombro.) ¿Qué me dices?

LUIS. Imposible.

DIEGO. ¡Dios me tenga!
¿Luego te niegas?

LUIS. Me niego.

DIEGO. ¡Oh!... ¡no aguardaba esta ofensa!...
Si tanto á Isabel estimas,
hermano, ¿por qué te niegas?

LUIS. ¡Porque debo!... porque quiero,
y basta que yo lo quiera.

DIEGO. Es que mi Isabel se muere,

y no quiero verla muerta.

LUIS. Es que uniéndola á don Juan
á la desdicha la entregas.

DIEGO. ¡Eso dices, y eres padre!

LUIS. Eso mi voz te confiesa,
que porque sé lo que digo
te doy tan dura respuesta.

DIEGO. Quien eso dice de un hijo,
de malvado le moteja.

LUIS. Hermano, ten esos labios,
que le ofenden tus sospechas,
que él es quien es, y por serlo
es muy digno de una reina.

DIEGO. Fué... pues qué aspiras á tanto,
su madre acaso princesa?

LUIS. Fué quien fué.

DIEGO. La de Isabel
fué noble y honrada y buena,
y no hay familia en Castilla
que en sangre y timbres la exceda.

LUIS. Lo sé.

DIEGO. ¿Lo sabes? Y entonces
¿por qué este enlace desechas?
¿La tienes en menos?

LUIS. Diego,
no es fácil que me comprendas.

DIEGO. Comprendo que á Isabel matas.

LUIS. No querrá Dios que suceda,
que esto castigar seria
en ella culpas ajenas.

DIEGO. Basta, pues que asi lo quieres.

LUIS. Asi quiere Dios que sea.

ESCENA VI.

DICHOS, ISABEL.

ISABEL. Albricias, padre y señor,
don Alonso y don Juan llegan,
que un villano los ha visto
y deben estar muy cerca.
¿Mas qué es esto? ¡Padre! ¡tío!...

¡Ambos con la faz severa!
¡ceño mostrais en albricias
de tan venturosas nuevas!
¿Por qué asi? Dadle los brazos
al entrar por esas puertas,
que mas alcanzan perdones
que razones descompuestas.
¡No le riñais!

DIEGO. ¡Isabel!
súplicas y ruegos deja,
que á quien en menos te tiene
toda peticion es mengua.

LUIS. ¡Diego! (Ofendido.)

ISABEL. ¡Padre! ¿qué decis?
¡Yo en menos siendo hija vuestra!
¿Qué es esto? ¿Qué nueva causa
la paz de esta casa altera?
Hablad, señor... hablad, padre,
que tal silencio me aterra,
y no sé qué mal presiento
que toda mi sangre hiela.

DIEGO. ¡Amas á don Juan! ¿no es cierto?

ISABEL. ¡Extraña pregunta es esa!
¿Cuándo han negado mis labios
lo que mis ojos confiesan?

DIEGO. ¡Y ese amor!

ISABEL. Lo tengo en tanto,
que es, señor, á mi existencia
lo que á la flor el rocio,
lo que á las aves la esfera,
lo que á las mieses el agua,
y lo que el sol á la tierra.

DIEGO. ¿Oyes, Luis?

LUIS. (Ap.) ¡Dios me valga!
pasion extraña y funesta!
¿Dónde he tenido los ojos
que asi han estado en tinieblas?

DIEGO. ¿Y si su amor te faltase,
Isabel?

ISAB. ¡Padre!... ¡esa idea!...
¿por qué tal temor, ahora
que á casa don Juan regresa?

DIEGO. ¿Qué hicieras, si á tu ventura
alguien, hija, se opusiera?
ISABEL. ¡Morir, padre!
DIEGO. ¿Oyes, Luis?
¡Matar á Isabel intentas!
ISABEL. ¿Qué decis?... ¿Qué es esto, padre?
DIEGO. Fuerza es hija que lo sepas;
darte otro padre he querido;
y ese Isabel te desprecia.
ISABEL. ¡Á mí!...
LUIS. (Abrazándola.) ¡Isabel!... hija mia,
¡no lo creas!... no lo creas,
que soy juguete del cielo
que tal enlace condena.
ISABEL. ¡Dios mio!...
(Arrojándose en brazos de su padre.)
DIEGO. Isabel, ¡no llores!...
¡que aqui tu padre se queda!...
ISABEL. (Llorando.) ¡Si le amo tanto!...
DIEGO. (Enjugando sus lágrimas.)
Alguien viene...
¡don Juan es!...
LUIS. (Ap.) ¡Dios me dé fuerza!

ESCENA VII.

DICHOS, D. JUAN, D. ALONSO.

JUAN. (Á la puerta.)
Padre, permitid que humilde
á vuestras plantas se acerque,
quien de vergüenza cubierto
ni aun á miraros se atreve.
LUIS. (Sin mirarle.)
Sed don Juan muy bien llegado.
JUAN. (Entra y se arrodilla.)
Dejad que la mano os bese,
que es bien que mis labios borren
el justo enojo que os hiere.
LUIS. (Sin dársela.) Alzad.
JUAN. ¿Me negais la mano?
LUIS. Alzad, don Juan, que me ofende,
que el hijo que yo he criado

culpado asi se confiese.

ALONSO. Si la franqueza, señor,
templar vuestro enojo puede...

LUIS. Sóbrame aqui la disculpa,
que si respeto tuviere,
evitárase á lo menos
tener que bajar la frente.

JUAN. Por ser quien sois os la bajo,
que esto mi respeto os debe;
pero quien torna y se humilla,
prueba bien que se arrepiente.

ALONSO. Castigo le dan sobrado,
señor, vuestras esquiveces.

JUAN. Si resignado las sufro,
es por venir de quien vienen.

LUIS. Alzad.

JUAN. Mi falta es ligera,
yo sé que perdon merece,
otorgádmelo si os place
por ser mia y por ser leve.

LUIS. (Airado.) Alzad, digo.

JUAN. Ya obedezco.

ISABEL. (Suplicante.) ¡Tio!

JUAN. (Conteniéndola y mirándola.)
Calla y no le ruegues,
que al ver el llanto en tus ojos,
razon que le sobra tiene.
¿Quién al mirar tus mejillas,
ayer campo de claveles,
no podrá juzgar airado
á quien hoy las torna en nieve?
Padre, vuestro enojo acato,
que harto por Dios lo comprende
quien por ahorrar ese llanto
diera su sangre mil veces.
Don Alonso, mal hicisteis
cuando anoche al defenderme,
combatiendo contra tantos
me librasteis de la muerte.

LUIS. (Alarmado.)
¿Cómo? (Corriendo á él.)

DIEGO. (Id.) ¿Qué dices?

ISABEL. ¡Dios mio!
reñísteis!...
LUIS. (Reconociéndole.) ¿Herido vienes?
habla, don Juan, habla pronto,
que á fé que estoy impaciente.
JUAN. Sosegad, que sano vuelvo
merced al brazo valiente
de mi amigo don Alonso,
honor de los Pimenteles.
LUIS. ¿Pero qué os pasó?
JUAN. Escuchadme,
que es bien que el suceso cuente.
En alas de un vivo anhelo
que inquieto me tiene siempre,
y que en batalla conmigo
á todas horas me vence;
cansado de que mi vida
constantemente se estrelle
en las breñas que circundan
aquestos campos alegres,
bajamos ayer cazando
á un punto, donde al tenderse
los ojos por la llanura
la córte se mira enfrente.
Por su campiña risueña,
que ricas flores guarnecen,
deslizábase el Pisuerga
como abrillantada sierpe,
cuyos anillos de plata
formados por la corriente
ya entre las algas se enroscan,
ya entre los juncos se pierden.
Trenzaba el sol en los aires
sus hebras de oro luciente,
y de tal manera herian
terrados y chapiteles,
que, al reflejarse en las aguas
como un incendio perenne,
daban mayor brillo al campo
y mayor luz al ambiente.
Padre, al mirar tal asombro
sentí mi sangre encenderse,

y un antojo irresistible
vino á cegarme la mente.
En vano vuestros mandatos
recordé por contenerme,
que un impulso poderoso
me arrebató de tal suerte,
que como el hierro acerado
que al duro iman obedece,
cedí esclavo de mi gusto
ó esclavo de extrañas leyes.

LUIS. ¿Y fuiste á la córte?

JUAN. En ella
nos dió un meson grato albergue;
y ya de noche, á las calles
nos lanzamos impacientes.
Ansiaba ver el alcázar
donde moran nuestros reyes;
contemplar la augusta pompa
de los palacios; mecerme
en ese mar soberano
de poder y de placeres
con que he soñado de niño
y he soñado adolescente,
cuando al doblar una esquina
gritó un mancebo: ¡valedme!
y echando mano á la espada
hizo cara á seis ó siete.
Lo que allí pasó no es justo
que aqui mi labio revele,
pues cumplimos como cumplen
los que honrada sangre tienen.
Huyó el mozo: la justicia
gritaba que era un rebelde,
¿mas quién desampara á un triste
que asi su vida defiende?

LUIS. (Con asombro.)
¿Con la justicia lidiaste?

JUAN. Y ella nos prendió en sus redes;
mas lo mismo que á las peñas,
dádivas quebrantan jueces:
algo puse yo en la mano
del buen alcalde...

LUIS. (Aturdido.) ¡Imprudente!
JUAN. Que tornó en respetuosa
su faz en antes agreste.
Mas fué lo bueno del caso
que como sombra viviente
salió de un portal un hombre
embozado hasta las sienes.
Llevóse á un lado al alcalde,
habló con él seco y breve,
sacó una linterna oculta
de la capa entre los pliegues,
y despues que hubo observado
cierto objeto atentamente,
se dirigió hácia nosotros
con paso grave y solemne.
LUIS. ¿Y qué? (Con ansiedad.)
JUAN. Pidió nuestros nombres.
LUIS. ¿Y los dijisteis?
JUAN. Se entiende.
Luego alzando la linterna
hasta bañarme la frente...
LUIS. ¡Qué!...
JUAN. Me estuvo contemplando
callado y oculto siempre.
Y al fin rompiendo el silencio
exclamó pausadamente.
—«Pimenteles y Quijadas
siempre á su rey fueron fieles,
mas evitad que en su córte
mañana el rey os encuentre.»—
Y añadiendo por lo bajo,
—«¡vive Dios que se parece!»—
por una calle adelante
siguió y siguió hasta perderse,
llevando en pos de sus huellas
alguaciles y corchetes.
LUIS. (Enjugándose el sudor del rostro y dejándose caer en un sillon.)
Dios me valga.
JUAN. Á esta amenaza
mi vuelta, padre, se debe,
que á no causaros disgusto

yo la arrostrara valiente.
Hizo por mí don Alonso
lo que callo porque quiere:
Dios me ofrecerá algun dia
ocasion en que le premie.

ISABEL. Gracias, don Alonso.

DIEGO. ¡Gracias!

ALONSO. Por Dios, que en honrarme cesen,
que no ha sido mi servicio
digno de tantas mercedes.

ISABEL. Patrimonio es la modestia
de quien aplausos merece.

ALONSO. ¡Oh!... quien de vos los recibe,
está pagado con creces.

ESCENA VIII.

DICHOS, INÉS.

INÉS. Señor, seguido de un paje
que abajo las riendas tiene
de dos caballos fogosos
que copos de espuma vierten,
un hidalgo forastero
dice que veros pretende.

LUIS. (Ap.) ¿Un forastero? ¡Es extraño!
¿Quién hay que de mí se acuerde
al cabo de tanto tiempo
que la oscuridad me envuelve?
¿Díjote acaso su nombre?

INÉS. Solo ha dicho que es urgente
que os hable aqui y en secreto.

LUIS. Está bien. (Preocupado.)

JUAN. (Ap.) ¿Qué le suspende?

LUIS. Dejadme con él á solas.
(Ap.) ¿Qué secreto será este?

JUAN. (Á D. Alonso.)
Entrad conmigo á esta sala.

DIEGO. Ven, Isabel. (La indica habitacion distinta.)

ISABEL. (Ap.) ¡Dios clemente!
¿Qué es lo que teme mi pecho
que de espanto se extremece?

INÉS. Y bien, ¿qué digo á ese hidalgo?
LUIS. Puedes decirle que entre.

ESCENA IX.

D. LUIS.

No sé por qué helado y yerto
aqui ese hidalgo recibo:
siempre que anuncian á un vivo
espero nuevas de un muerto.
¿Qué hidalgo aqueste será
que tal temor me previene?
¡Sábelo Dios! Mas él viene.
REY. (Dentro.)
Gracias, doncella.
LUIS. Aqui está.

ESCENA X.

D. LUIS, el REY.

REY. Dios os guarde.
LUIS. ¡Guárdeos Dios!
REY. Sois...
LUIS. Don Luis de Quijada.
REY. Mucho el hallaros me agrada,
que tengo que hablar con vos.
LUIS. (Ofreciendo silla.)
Asentad.
REY. Seré muy breve.
LUIS. (Ap.) ¿Dónde he visto yo este porte?
REY. ¡Años hace que la córte
ninguna visita os debe!
LUIS. ¿Quién allí de mi persona
guardar recuerdos podria?
REY. Alguno que os pediria
secretos de Ratisbona.
LUIS. (Ap.) ¿Qué dice?
REY. Alguno que sabe
que aunque honrado y advertido,
habeis sin duda perdido

de esos secretos la llave.

LUIS. Mirad bien lo que decis.

REY. Harto mirado lo tengo,
que á fé que á pediros vengo
cuenta de ello, don Luis.

LUIS. (¿Quién es este hombre?) Hablad.

REY. En Ratisbona, una noche
llegó á vuestra puerta un coche
con gran misterio.

LUIS. Es verdad.

REY. Del coche un galan salió;
salió á veros disfrazado,
y un depósito sagrado
á vuestra lealtad fió.

LUIS. Cierto.

REY. ¿Lo teneis?

LUIS. Soy fiel
y la duda me desdora.

REY. Pues vais á dármelo ahora,
porque yo vengo por él.

LUIS. ¿En nombre de quién?

REY. Del hombre
que en Ratisbona os lo dió.

LUIS. Por mucho que acate yo
un mandamiento en su nombre,
no os puedo aqui complacer
sin pruebas de otra valia.

REY. Ved si esa joya, á fé mia,
os puede satisfacer.
(Muestra la mitad de un toison.)

LUIS. ¡Oh!... (Reconociéndolo.)

REY. Su brillo soberano
muestra á medias la verdad;
poned con la otra mitad
el depósito en mi mano.

LUIS. (Llamando.)
¡Don Juan!

REY. ¿Estais satisfecho?

LUIS. Por Dios que á saberlo vais.
¡Hola! don Juan.

ESCENA XI.

DICHOS, D. JUAN.

JUAN. ¿Qué mandais?
LUIS. (Con entusiasmo.)
Mostrad á ese hidalgo el pecho.
JUAN. (Confuso.)
¡Padre!
LUIS. Abrid esa ropilla,
que ahí llevais un talisman,
que va á deciros, don Juan,
quien sois aqui y en Castilla.
JUAN. ¡Padre!...
LUIS. (Sorprendido.) Hablad.
JUAN. Dios es testigo
de lo mucho que sufrí,
cuando anoche...
LUIS. (Cada vez muy asombrado.) ¡Qué!...
JUAN. Lo di
por el temor de un castigo.
LUIS. (Estallando con ira.)
¡Lo disteis!... necio temor
que en hora aciaga y maldita,
á vos la ventura os quita
y á mí me roba el honor.
JUAN. ¿Qué decis?
REY. Que en ese gaje
que disteis inadvertido,
habeis la prueba perdido,
don Juan, de vuestro linaje.
Mas buscarla es menester,
que si hoy mi embajada es vana,
ved don Luis que mañana
por ella habré de volver.
Y en cuenta tened los dos
que en esa joya perdida,
vos vais librando la vida (Á D. Luis.)
y el nombre que os falta, vos. (Á D. Juan.)

ESCENA XII.

D. LUIS y D. JUAN, despues de mirarse atentamente.

JUAN. Padre, de asombro me llena
revelacion tan extraña:
¿qué hay en ella que asi empaña
vuestra frente antes serena?
¿Qué joya es esa perdida
y á que tanto valor da,
que en ella el honor me va
y que en ella os va la vida?
Hablad, que en enojos ardo,
pues presumo, padre mio,
que ese silencio sombrio
me está llamando bastardo. (Pausa.)
¿Y aun callais viéndome aqui
luchar con pena tan ruda? (Otra pausa.)
¡Oh!... no es mi padre sin duda
quien me está tratando asi.

LUIS. (Solemnemente.) Pues si me veis padecer
con el dolor que batallo:
si veis que sufro y que callo...
¿qué mas puedo responder?
No me pregunteis, por Dios,
si os doy honor ú os agravio,
que han sellado aqui mi labio,
el cielo, ese hombre, y vos.

ESCENA XIII.

D. JUAN solo, fuera de sí.

Pues que detrás de tal sello
se esconde lo que no sé,
yo ese sello romperé,
pues me va el honor en ello.
¡Hola! ¡Pimentel!

ESCENA XIV.

DICHOS, D. ALONSO, D. DIEGO, ISABEL.

ALONSO. ¿Qué pasa?
DIEGO ¿Por qué asi tan alterado?
JUAN. Es que mi deshonra ha entrado
por las puertas de esta casa.
ISABEL. ¡Don Juan! (Con ansiedad.)
JUAN. (Llevando al balcon á D. Alonso.)
¿No veis aquel hombre?
Pues id, y pedidle cuenta
de un secreto con que afrenta
mi calidad y mi nombre.
De vos esta prueba exijo,
que es fuerza que yo me quede,
por si hay alguno que puede
dar razon de quien soy hijo.
(Váse D. Alonso.)

ESCENA XV.

D. JUAN, ISABEL, D. DIEGO.

DIEGO. Don Juan, ¿qué es esto?
ISABEL. ¡Ay de mí!
JUAN. Que airado el cielo me trata:
mentirá el dolor, no mata,
cuando no me mata aqui.
(Cae desvanecido sobre una silla.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

INÉS, D. JUAN, que se pasea seguido de INÉS y que de vez en cuando se asoma al balcon.

INÉS. ¿Pero qué teneis, don Juan?
¿Por qué asi? ¿Qué es lo que os pasa?
¡Despues de tan mala noche
nos dais mañana tan mala!
¿Por qué ha de ofenderos tanto
de un padre la justa saña?
Cierto que os estrecha mucho,
cierto que severo os trata;
que no os deja á sol ni á sombra,
qué os limita las distancias:
mas esto, ¿qué significa?
lo del refran.—«Quien te ama,
te hará llorar.»—Si él os dijo:
«Don Juan, no quiero que salgas
de estos contornos; no quiero
que nunca á la córte vayas;»—
¿por qué vos, atropellando
la obediencia á sus palabras

le dais tan fiero disgusto,
le causais tan duras ánsias?
Si airado, al cabo os recibe,
¿por qué su enojo os extraña?
¿No es padre? ¿Razon no tiene?
Pues si tiene razon, basta.
¿Mas, no me ois?

JUAN. (Sin oirla.) ¡Y no llega!
¿Qué ocurrirá que asi tarda?

INÉS. Ya entiendo: siempre se ha dicho
que las verdades amargan:
y al que las revela, el mundo,
como vos, vuelve la espalda.

JUAN. ¿Dónde está Isabel?

INÉS. Llorando.

JUAN. ¿Y don Luis?

INES. En su estancia.

JUAN. ¿Y don Diego?

INÉS. Con su hermano.

JUAN. ¿Y don Alonso?

INÉS. En su casa.

JUAN. ¡No es posible!...

INÉS. No será;
mas asi lo ha dicho Alcázar
el mayordomo.

JUAN. ¿Qué ha dicho?

INES. Que al pasar la encrucijada
que abre camino á su quinta,
lo encontró en sabrosa plática
con el forastero hidalgo
que aqui estuvo esta mañana.

JUAN. ¡Con el forastero hablando! (Sorprendido.)

INÉS. Si señor; y es bien que añada,
que el bueno de don Alonso
con tal respeto le hablaba,
que estaba allí descubierto
y con la cabeza baja.

JUAN. (Ap.) ¡Con el sombrero en la mano,
y no en la mano la espada!
—¿Y qué mas?—

INÉS. Y nada mas:
siguieron luego la marcha

y á la quinta enderezaron
en dulce amor y compaña.

JUAN. Está bien:—vete. (Pensativo.)

INÉS. (Ap.) ¿Qué tiene?
¡No sé qué advierto en su cara
que me da miedo! (Alto.) ¡Don Juan!

JUAN. (Enojado.)
¿Qué quieres, Inés? ¿Qué aguardas?

INÉS. ¡Si supiérais lo que sufre
doña Isabel!

JUAN. (Ap.) ¡Dios me valga!...
¡Y habré de partir sin verla!
¡Sin decirla que en mi alma
llevaré siempre esculpida
su imágen idolatrada!
No será. (Alto.) Dí que la aguardo,
di que don Juan quiere hablarla.

INÉS. Si la hablais con ese ceño,
que prueba que aun os embarga
el enojo que os produce
la reprimenda pasada
de vuestro padre, de fijo,
mayor pesar vais á darla.
¿Por qué ya no habeis corrido
de don Luis á las plantas
demandándole perdones
por vuestra ligera falta?
Porque al fin es vuestro padre,
y el buen viejo os idolatra,
y sienta mal en un hijo
tras la culpa la arrogancia.

JUAN. ¡Inés!... ¿Qué entiendes tú de esto?
¡harto tu labio me cansa!
pues consejos no te pido,
cumple tu deber y calla.

INÉS. Está bien: yo lo decia...

JUAN. Basta ya.

INÉS. (Ap.) ¡Qué genio gasta!
Estáme bien empleado;
que siempre tal premio saca
la que oficiosa se mete
á donde nadie la llama. (Se va por el fondo.)

ESCENA II.

D. JUAN.

¿Qué es lo que pasa por mí?
¿Qué rayo es este del cielo
que viene á cortarme el vuelo
y á hundirme en el polvo así?
¿Qué guarda dentro este asunto?
¿Qué misterio en él se esconde
que ninguna voz responde
á la voz con que pregunto?
¿Por qué don Luis me deja
sin darme cuentas de mí?
¿Por qué don Diego de aqui
tambien callando se aleja?
¿Qué ocurre que Pimentel
tampoco en mi ayuda viene?
¿Qué tiene mi ser, qué tiene
que me abandona Isabel?
¡Ah! que es aire contagioso
el aire del desdichado,
y debe morir aislado
como se deja al leproso.
Que en tal desventura estoy,
que puedo decir de mí:
Si ayer maravilla fui,
hoy sombra mia no soy.
(Un momento de pausa.)
Levantado pensamiento
que en alas de una ilusion
presumiste en tu ambicion
conquistar el firmamento;
ten el vuelo con que escalas
el ancho espacio encendido,
que ante el sol se han derretido,
Ícaro nuevo, tus alas.
Deja que cese en su guerra
el aliento que me exalta,
que el nombre que aqui me falta
no podré hallar en la tierra.

Que aunque con su lumbre irradie
mi sien la fortuna amiga,
siempre habrá alguno que diga:
—«¡Ese es el hijo de nadie!»—
Sueños de gloria y amor,
quedad donde habeis vivido;
cárcel os preste el olvido,
sepultura mi dolor.
Dejad que en esta orfandad
á solas con mi quebranto,
me envuelva Dios en el manto
que presta la oscuridad.
Que en la desdicha en que estoy,
bien puedo decir de mí:
Si ayer maravilla fuí,
hoy sombra mia no soy.

ESCENA III.

ISABEL, D. JUAN.

ISABEL. ¡Don Juan!...
JUAN. Perdona si osado
verte, Isabel, he querido,
que ya debe estar prohibido
tanto bien á un desgraciado.
Mas si en mi loca altivez
te he llamado de esta suerte,
es porque pretendo verte
quizás por última vez.
ISABEL. (Con espanto.)
¿Os vais?
JUAN. Muy lejos de aqui.
ISABEL. (Con vive dolor.)
¿Dónde?
JUAN. No sé: donde quiera,
donde la desdicha fiera
jamás dé nuevas de mí.
Donde guarezca mi ser
de la ignominia que á un hombre
causa el pedirle su nombre
sin saber qué responder.

ISABEL. ¡Si no lo pide mi amor! (Con dolorosa energía.)
¿qué os importa?
JUAN. Alguien habrá
que á exigírmelo vendrá
por tu honor y por su honor.
ISABEL. ¡Mi padre!
JUAN. Tu padre, si.
ISABEL. ¡El que os ama!
JUAN. ¡Sueño vano!
¿Cómo me dará tu mano
sin saber de quién nací?
El lustre de su blason
le hará obrar con entereza.
ISABEL. Si la sangre da nobleza,
nobleza da el corazon.
JUAN. Te engañas, que estrecho yugo
impuso en esto la ley:
¿Qué valdrá un alma de rey
en la raza de un verdugo?
Es el nombre un sobrescrito
de tan altísima prueba,
que es diploma en quien lo lleva
de orígen bueno ó maldito;
que Dios lo creó con fin
de separar, Isabel,
la descendencia de Abel
de la raza de Cain.
Mira si affigirme debo
de le duda en que me ves,
pues ignoro de quién es
el ser y el nombre que llevo.
ISABEL. Si como escudo de honor
Dios el nombre nos impuso,
tambien en el alma puso
la clara luz del amor.
Luz misteriosa y divina
que al par del afecto nace;
luz que las sombras deshace,
que las dudas ilumina;
luz que parece gritar
al alma de la mujer:
—«quiere, que puedes querer;

—odia, que debes odiar »—
y esa antorcha alumbra aqui
realizando mi deseo,
que dentro del alma os veo
y os hallo digno de mí.

JUAN. (Con amargura.)
Vago resplandor destella
en mí otra luz tan sombria,
que aunque la busco por guia
siempre me estrello con ella.
Que en las sombras que me pierdo
jamás mi espíritu alcanza,
si es que sigo una esperanza
ó si es que sigo un recuerdo.

ISABEL. ¡No os entiendo!

JUAN. Vive en mí,
como en un sueño de gloria,
no sé qué vaga memoria
que no se aparta de aqui. (Señala la frente.)
Sueño anterior al nacer
gozado en region mas pura,
donde ver se me figura
un hombre y una mujer.
El hombre, galan y grave,
la mujer, jóven y hermosa:
¡siempre él triste!... ¡ella llorosa!
—¿Quiénes eran?—¡Dios lo sabe!—
Ambos con igual amor
sentábanme en sus rodillas,
y aun se enciende mis mejillas
de sus besos al calor.
—¿Eran mis padres?—¡Quizás!
—¿mas dónde están? ¿Qué se hicieron?
Un dia, Isabel, se fueron
para no volver jamás
Desde entonces en mi ser
oigo un acento decir:
—«ojos que os vieron partir
jamás os verán volver.»—

ISABEL. ¡Rogad por ellos á Dios!

JUAN. Por ellos ruega mi anhelo,
que á veces detrás del cielo

presumo ver á los dos.
De noche, cuando la bruma
sobre el espacio se tiende,
una sombra á mí desciende
velada en manto de espuma,
que inclinándose ante mí
dice con voz de dolor:
—«Soy la esencia de tu amor,
y vengo á cuidar de tí.»—
Y llega! un beso me da,
y leve como una nube,
se remonta... y sube... y sube...
y como viene se vá.
Y yo de pena transido
jamás á explicarme acierto,
si es que lo sueño despierto
ó es que lo sueño dormido.

ISABEL. ¡Visiones sin duda son
hijas de la fantasia!

JUAN. (Con entusiasmo creciente.)
Ah, no; si conoceria
aquella santa mansion,
objeto de mi cariño,
religion de mi memoria,
que guardan dentro la historia
de mi existencia de niño!
Si aun ver pienso aquel espacio
lleno de misterio y sombra;
aquella florida alfombra,
aquel cielo de topacio;
aquel monte abrumador,
cuya falda borda un rio;
si aun pienso escuchar, Dios mio,
de sus ondas el rumor!
Si aun juzgo que con decoro
su vivo cristal retrata,
no sé qué tocas de plata,
no sé qué armadura de oro!
¿Cómo puede ser ficcion
lo que agitándome asi,
es volcan dentro de mí
que me abrasa el corazon? (Pausa.)

Ahora bien: pues que el destino
hoy viene á alentar mi fé,
yo esa mansion buscaré
anhelante y peregrino.
Correré toda la tierra,
y al dar con ella, quizá
contarme alguno podrá
la historia que allí se encierra.

ISABEL. ¿Y si la suerte traidora
burla vuestra fé, don Juan?

JUAN. (Con desaliento.) Buscaré con vivo afan
la muerte, donde el sol dora
la vasta indiana region
que tras la atlántica umbria,
descubrió potente un dia
el genio audaz de Colon.
(Con dolorosa expresion.)

ISABEL. ¡Alma despiadada y fiera!
¿Y eso cariño se llama?
Es posible en quien bien ama
que matar á su amor quiera?
¡Idos!

JUAN. ¿Y qué puedo hacer?

ISABEL. ¡Partir!... ¡matarme!... ¡sois hombre!
¿quién no trueca por un nombre
la vida de una mujer?

JUAN. ¡Ay!... si vida sin honor
es una muerte escondida!

ISABEL. Y si es vuestro amor mi vida,
¿qué haré yo sin vuestro amor?

ESCENA IV.

DICHOS, D. DIEGO.

ISABEL. ¡Ay, padre! (Acudiendo á él.)

DIEGO. ¿Qué pasa aqui?

ISABEL. ¡Qué partir don Juan intenta!

DIEGO. ¡Partir don Juan!... ¿por qué causa?
¿Qué resolucion es esta?

JUAN. ¡Y vos me la preguntais
sabiendo cuál es mi afrenta!

DIEGO. No prosigais, vive el cielo,

que vais á hacerme una ofensa.
Lo que ha ocurrido en mi casa,
en nada mi afecto altera;
si padre os falta en mi hermano,
segundo padre en mí os queda.

ISABEL. (Abrazándole.) ¡Padre del alma!... ¿Lo veis?
¿Lo veis, don Juan?

JUAN. (Enternecido.) ¡Por Dios!... cesa,
que si su oferta agradezco
no puedo aceptar su oferta.

DIEGO. ¿Qué decis?

JUAN. Que no merece
besar, señor, vuestras huellas,
quien por honrado y altivo
vuestras palabras desecha.

ISABEL. ¡Cielos!... (Dolorosamente.)

DIEGO. (Sorprendido.) ¿Qué escucho?

JUAN. Mi vida
está de misterios llena,
y no sé si estos misterios
me enaltecen ó me amenguan.
Quien puede aclararlos, calla
por temor ó por cautela;
mas tal silencio me dice
que alguna ignominia encierra.
Aceptar ya vuestro nombre,
indigno y cobarde fuera,
que no es bien que lo deslustre
nombre que la infamia sella.
Que á no tener por villana
la sangre que hay en mis venas,
quien por hijo me ha tenido
ya descubierto lo hubiera.

DIEGO. ¡Eso pensais!

JUAN. Eso pienso;
y harto claro lo demuestra
el suceso inesperado
que á tal combate me entrega.
Testimonio de mi orígen
era una pobre cadena
que siempre al cuello he llevado
como una santa venera.

Por librarme de un castigo
anoche en una refriega,
la di á un alcalde de córte
de mi libertad en prenda.
Hoy esa joya demanda
no sé quién: la joya prueba
que no es el nombre que llevo
el que aqui llevar debiera.
La vida le va á mi padre
y á mí el honor en tenerla;
y aunque su rescate es fácil,
pues que la córte está cerca,
ni por su vida se mueve,
ni por mi honor se interesa,
ni por ella va á la córte,
ni á mí me manda por ella.
¿No está declarando á voces
quien obra de tal manera,
que tiene en menos la vida
quien tiene en mas su vergüenza?

DIEGO. Por tales mares, don Juan,
vuestro pensamiento os lleva,
que no es mucho que naufrague
quien tan sin rumbo navega.
Para llegar á buen puerto
tengo brújula mas cierta;
y es que quien noble ha nacido
obra siempre con nobleza.
Mi hermano es quien es: la sangre
que á los Quijadas sustenta,
induce á buenas acciones,
jamás crímenes engendra.
Ignoro si es vuestro padre
hoy que la duda nos ciega;
mas pues por tal ha pasado,
que os tengais por noble es fuerza,
que nunca diera su nombre
á quien mancharlo pudiera.
Las razones por que calla
serán razones supremas:
si en el silencio las guarda,
será que guardarlas deba.

Mas sabe en su casa el loco
que el cuerdo en la casa ajena:
mucho yerra quien mas habla,
quien mas calla mas acierta.

JUAN. ¡Decis bien! ¡debo ser noble!...

DIEGO. ¡Por tal os doy!

JUAN. En mí alienta
no sé qué gérmen altivo,
no sé qué escondida esencia,
que arrebatando mi alma
la levanta á otras esferas.
¿Mas por qué quien fué mi padre
la luz á mis ojos niega?
Yo quiero saber quien soy;
mi nombre es mio, y es mengua
que acepte nombre prestado
quien llevar el suyo anhela.

ISABEL. (Desconsolada.)
Basta, padre, el cielo quiere
que yo desdichada sea,
que en poco á Isabel estima
quien vuestro nombre desdeña.

DIEGO. ¡Isabel!

ISABEL. ¡No le rogueis!
¿Quién á un pecho ingrato ruega?
¡Que parta, pues, en buen hora!
¿Qué importa que Isabel muera?

JUAN. ¿Morir tú?...

ISABEL. ¡Y él lo pregunta!

DIEGO. (Abrazando á su hija.)
Nunca los cielos consientan
que sepais, don Juan, un dia
el dolor que á un padre llevan
las lágrimas de una hija
que está muriendo de pena.

JUAN. ¡Oh!... no mas, no mas; soy vuestro;
haré, Isabel, lo que quieras:
me quedo, á todo renuncio
con tal que dichosa seas.

DIEGO. ¡Oh!... ¡Don Juan! (Estrechando la mano.)

ISABEL. ¡Gracias, Dios mio!...

DIEGO. Silencio, mi hermano llega.

Dejadme á solas con él,
que en nueva y ruda contienda,
veré si á aclarar alcanzo
de este misterio las nieblas.
(Vánse D. Juan é Isabel.)

ESCENA V.

D. DIEGO, D. LUIS.

DIEGO. Vuelvo, hermano, á mi porfia.
LUIS. (Con enojo.)
¿Otra vez?
DIEGO. Si, que es demencia
esa obstinada prudencia
que está rayando en impia.
¿Qué misteriosa razon
á tanto rigor te lleva?
¿Quien obra cual tú, no prueba
que tiene mal corazon?
Si el ser don Juan no te debe,
si por tí no fué engendrado,
¿cómo el verle deshonrado
á compasion no te mueve?
Si de tu amor á la fé
faltó su madre en tu mengua...
LUIS. (Airado.)
Hermano, deten la lengua
y respeta á la que fué.
Solo á tí te perdonara
ofensa tan ruda y fiera,
que á inferírmela un cualquiera
el corazon le arrancara.
DIEGO. Pues si honor alienta en tí,
y ella tu honor tuvo en cuenta,
¿cómo consientes la afrenta
que á don Juan se causa aqui?
LUIS. Preguntas, por Dios, acorta,
y débate mas respeto
la razon de ese secreto
que á mí tan solo me importa.
DIEGO. Mas si de anoche la lid

su bien y el tuyo se lleva,
¿cómo en busca de esa prueba
no vas á Valladolid?

LUIS. Porque es inútil quererla,
porque es inútil buscarla,
porque ya no puede darla
quien logró anoche obtenerla.

DIEGO. Si otra razon no me das,
no me basta, y terco insisto,
porque...

LUIS. Escúchame, por Cristo,
y no me preguntes mas.

DIEGO. Óigote atento, pardiez.

LUIS. ¿Nunca á la córte has llegado?

DIEGO. ¿Pues no sabes que no he estado
en la córte ni una vez?
Que en mi extraña condicion,
como aquel rico villano,
siempre huí del soberano
por serlo yo en mi rincon.

LUIS. Y desde que ausente fuí,
¿por razon de cetreria,
no ha venido un solo dia
tampoco la córte aquí?

DIEGO. Tampoco!...

LUIS. ¡Falta de ley
es esa en tí, vive Cristo!
¡Es decir, que nunca has visto,
ni has hecho homenaje al Rey!

DIEGO. Nunca.

LUIS. Entonces con razon
luz me demandas á voces;
mas pues al rey no conoces
sobra aqui mi explicacion.

DIEGO. ¿Y en esto al Rey, que le va?

LUIS. Mucho juzgo que le vaya,
que al fin es viva atalaya
que en todas partes está.
Quizá anoche presenció
aquella fatal contienda;
él quizá tiene la prenda
que allí don Juan entregó.

Quizás él... mas no prosigo.
que aun de mi voz tengo miedo.

DIEGO. ¿Y callas?

LUIS. Si, que no puedo
decir mas de lo que digo.

DIEGO. Si asi piensas evadir
tu explicacion, en buen hora;
mas escucha, hermano, ahora
lo que te voy á decir.
Si de don Juan no eres padre,
me alegro, que otro en mí gana,
y yo lo caso mañana
cuádrete á tí ó no te cuadre.

LUIS. Diego... ¿con qué potestad?

DIEGO. Con la mia.

LUIS. ¡Con la tuya!

DIEGO. Si, que su vida es muy suya
y es mia mi voluntad.

LUIS. Sin respeto ni temor...

DIEGO. Á nadie: ¿habrá quien ofenda,
á quien yo le doy mi hacienda,
á quien yo le doy mi honor?

LUIS. ¡Pues vé que me arrojarás
de aqui, si á efecto esto pasa!

DIEGO. ¡Como!... ¿te irás de mi casa?

LUIS. Para no volver jamás.

DIEGO. ¡Fiero estás!

LUIS. Cumplo un deber.

DIEGO. Pues bien, deber ó capricho,
hermano, lo dicho, dicho.

LUIS. ¡Pues no me vuelves á ver!
(Hace ademan de salir.)

ESCENA VI.

DICHOS, D. JUAN, ISABEL.

JUAN. (Deteniéndole.) ¡Padre!...

ISABEL. ¿Dónde vais, se ñor?

LUIS. Si me habeis estado oyendo,
dejadme, que voy huyendo
de mi propio deshonor.

JUAN. ¿Tanto mi ser os humilla?
LUIS. Callad, don Juan, pese á mí,
que si mancilla hay aqui,
solo es mia esa mancilla.
ISABEL. ¿Es acaso que mi amor
deshonra?
LUIS. ¡Dios soberano!
si eres hija de mi hermano,
¿quién te aventaja en honor?
DIEGO. Pues no teniéndola en poco,
¿por qué te niegas asi?
LUIS. Porque quiere Dios que aqui
tu hermano se vuelva loco.
Porque vuestra pena veo,
porque apareciendo injusto,
yo que quiero vuestro gusto
y anhelo vuestro deseo,
viéndoos dignos á los dos
y amándoos con frenesí,
tengo que oponerme aqui...
porque asi lo quiere Dios.
JUAN. Pues nuestro amor aprobais
y por dignos nos teneis,
si un ángel en ella veis
y á mí por bueno me dais;
¿á qué resistir asi
de otra razon por respeto?
Los males de ese secreto
caigan, padre, sobre mí.
LUIS. Ved que mi muerte buscais.
JUAN. Yo por vos la arrostraré.
LUIS. Vive el cielo que hoy me iré
donde á verme no volvais.

ESCENA VII.

DICHOS, D. ALONSO, con un pliego en la mano.

JUAN. ¡Don Alonso!
ALONSO. Aqui estoy ya.
JUAN. Hablad: ¿qué nuevas espero?
ALONSO. Os diré.
JUAN. ¿Y el forastero?

ALONSO. Con mi padre hablando está.
JUAN. ¿En vuestra casa?
ALONSO. Si, á fé.
JUAN. ¿Y qué dice de mi afrenta?
ALONSO. Aun no le he pedido cuenta,
y vais á saber por qué.
JUAN. (Con desden)
No hace falta: echad á un lado
disculpas que yo no os pido:
me basta ver que ofendido
no me habeis desagraviado.
ALONSO. Razones tuve de honor...
JUAN. No me deis explicaciones,
que respeto esas razones
y guardarlas es mejor.
ALONSO. (Ofendido.)
Está bien: pues que os enfada
toda explicacion, no os ruego:
mirad si tiene, don Diego,
respuesta aquesta embajada.
Mi padre en este papel
todo su afecto os envia.
DIEGO. En mucho estimo, á fé mia,
afectos que vienen de él.
Ábrolo pues, y lo leo,
que en poco yo lo tuviera,
si al punto no pretendiera
satisfacer su deseo.
(Leyendo.) «El rey, á quien noble y fiel
»consagré toda mi vida,
»quiere que en su nombre os pida
para mi Alonso á Isabel.
JUAN. } ¡Cielos!
ALONSO. }
ISABEL. ¡Dios mio!
DIEGO. (Sigue leyendo trémulo.) «Ese honor,
»dichas me ofrece sin tasa,
»pues me da de vuestra casa
»la joya de mas valor.
»Ved que debo contestar,
»que aqui aguarda un caballero
»que del rey es mensajero,

»y respuesta ha de llevar.» (Pausa.)

ISABEL. (Ap. dolorosamente.)
¿Qué es esto, desdichas mias?

DIEGO. (Abismado ap.)
¡El Rey!

JUAN. (Ap.) ¿Qué es esto? ¡ay de mí!

ALONSO. (Confundido.)
Vive Dios que he sido aqui
segundo ejemplo de Urias!

DIEGO. (Ap. á su hermano.)
¡El Rey!...

LUIS. (Á D. Diego.) ¡Ve qué vas á hacer!...

ISABEL. (Adivinando á su padre.)
¡Padre!... ¡me vais á matar!...

LUIS. (Á Isabel.) ¿Cómo se podrá negar
si le toca obedecer?...
(Á su hermano.)
¡Eres noble!...

DIEGO. (Vacilando al ver á su hija.) ¡Padre soy!...

LIUS. ¡El Rey quiere!

DIEGO. Mi hija llora,
y con su pena traidora
y el deber luchando estoy.

LUIS. Mira que el Rey no perdona
(Ap. á su hermano.)
á aquel que su mal se labra
desoyendo una palabra
que venga de su persona.
Mira que tu bien se encierra
en ceder á su interés;
mira que al fin el Rey es
sombra de Dios en la tierra.

DIEGO. (Ap.) ¡La va á matar el pesar!...

LUIS. (Ap.) ¿Qué dices?

DIEGO. ¡No sé qué digo!...(Pausa.)
(Á D. Alonso.)
Esperad vos. (Á su hermano.) Ven conmigo,
que no sé qué contestar.

ESCENA VIII.

ISABEL, D. JUAN, D. ALONSO.

ISABEL. ¡Ay, don Juan, todo es perdido!
JUAN. Todo es perdido, lo veo,
que muerte á traicion me ha dado
quien pudo darme remedio.
ALONSO. ¿Lo decis por mí?
JUAN. Por vos,
que ingrato, falso y perverso,
traiciones me dais en pago
de mi amistad y mi afecto.
ALONSO. ¿Qué osais decir?
JUAN. ¡Lo que digo!
ISABEL. ¡Don Juan!... ¡Pimentel! ¿Qué es esto?...
JUAN. Esto, Isabel, es que indigno
conociendo mi secreto,
en vez de arrancar mi nombre
como debió al forastero,
con él lo llevó á su casa,
y en satánico concierto
ha fraguado aquesta intriga,
porque amándaos en silencio
quiere robarme cobarde
la ventura de ser vuestro.
ALONSO. ¿Cómo osais tener de mí
tan infames pensamientos?...
JUAN. ¿No me dijisteis un dia
que amais á Isabel?
ALONSO. Es cierto,
mas porque sé lo que os ama,
guardé mi amor en el pecho.
JUAN. Y á vuestra casa, ¿no ha ido
ese hidalgo?
ALONSO. No lo niego;
rogóme que le guiase
de mi padre al aposento,
y á quien quiere honrar mi casa
jamás mis puertas le cierro.
JUAN. ¿Lo ves, Isabel? ¿Lo ves?

¿No está todo descubierto?
Si él confiesa que te ama,
si fué con el mensajero;
si esa carta es de su padre,
que te pide en casamiento;
si él no se niega á traerla,
si él la trae, ¿qué prueba esto
sino que el amigo es falso
y villano el caballero?

ALONSO. (Poniendo mano á la espada.)
¡Don Juan!

ISABEL. (Espantada.) ¡Jesus!...

JUAN. (Conteniéndole.) Atendedme;
allá abajo: allá... en el centro
del monte, se oculta un valle
siempre solitario y yermo!...
¿Sabeis dónde digo?...

ALONSO. Si.
Pues venid, que allí os espero,
porque allí pienso mataros
ya que el rubor no os ha muerto.

ISABEL. (Interponiéndose.)
¡Don Juan!... ¡Don Alonso! ¡Padre!...
(Gritando.)

ALONSO. (Conteniéndose.)
¡Isabel!... no tengais miedo,
que aunque sus frases me ofenden
reñir con don Juan no quiero.

JUAN. Me despreciais... ¡por bastardo!...

ALONSO. No por Dios, os compadezco;
que quien ama y celos tiene,
no es mucho que pierda el seso.

ISABEL. ¡Oh!... callad: alguien se acerca:
calma, don Juan, yo os lo ruego,
Inés llega. ¡Que no advierta
que estabais los dos riñendo!

ESCENA IX.

DICHOS, INÉS.

INÉS. Señor don Alonso, abajo

ha llegado el forastero
de esta mañana, que espera
la respuesta de don Diego.
¿Qué le digo?

JUAN. (Queriendo salir.) ¡Dios lo envia!

INÉS. (Ap.) ¡Oh! ¡qué idea!... ¡llega á tiempo!

ALONSO. (Á D. Juan.) Venid.

ISABEL. (Suplicando.) Don Juan, ¡Don Alonso!...
por Dios, tened un momento,—
—Inés, vuelve y di á ese hidalgo
que en esta estancia le espero,
que á súplicas de una dama
jamás se niega el que es bueno. (Váse Inés.)

ESCENA X.

DICHOS, D. LUIS, D. DIEGO.

DIEGO. (Á D. Luis.) Al Rey veré.

JUAN. (Á Isabel.) ¿Qué pretendes?

ISABEL. (Á D. Diego y D. Luis.)
¡Padre!... señor!... escondeos,
que hablar pretendo á ese hidalgo
causa de estos sufrimientos.
Vosotros, allí. (Á D. Juan y D. Alonso.)

DIEGO. ¿Qué intentas?

ISABEL. Conocer estos secretos;
saber quién es ese hombre,
y obtener, si tanto puedo,
luz que deshaga las nieblas
en que nos vemos envueltos.

DIEGO. Pero ese hidalgo...

ISABEL. Está abajo,
y va á subir!...

DIEGO. Vano intento.

ISABEL. ¿Quién sabe? ¡El cielo me inspira!...

DIEGO. Cúmplase pues tu deseo. (Se entra.)

ISABEL. ¡Pronto, que sube!... (Á D. Juan y D. Alonso.)

JUAN. (Á D. Alonso.) Venid...

ALONSO. Ya os sigo.

LUIS. (Ap. entrando donde su hermano.)
¡Luis!... velemos.

ESCENA XI.

ISABEL.

Sombra de mi madre,
ángel de mi guarda,
bajad de la gloria
batiendo las alas.
Cruzad el espacio
rompiendo las auras,
venid y amparadme,
calmad estas ansias;
que es tal mi desdicha,
que es tal mi desgracia,
que siento en el pecho
morírseme el alma.
Poned en mis labios
ardientes palabras,
duelo en mi semblante,
llanto en mis miradas:
que al ver ese hidalgo
tan frágiles armas,
quizás se conduela
de mí y de mis ansias.
Que es tal mi desdicha,
que es tal mi desgracia,
que siento en el pecho
morírseme el alma.

ESCENA XII.

ISADEL, el REY.

REY. ¿Me habeis llamado?
ISABEL. ¡Ah, señor!
perdonad mi atrevimiento,
que hablaros quiero un momento
en nombre de mi dolor.
REY. ¿Tan pronto sufriendo?
ISABEL. Si,
que la desdicha tirana,

con vos vino esta mañana,
y vino á matarme á mí.

REY. ¡No obtenga de Dios favor
el que no consuela á un triste!
Hablad, que si en mí consiste
calmaré vuestro dolor.
¿Qué teneis?

ISABEL. Amor á un hombre.

REY. ¿Ha mucho!

ISABEL. Desde la cuna;
mas hoy es tal su fortuna
qué no tiene hogar ni nombre.

REY. ¡Desdicha es harto cruel!
¿Y él causa vuestros enojos?

ISABEL. ¿Por quién lloráran mis ojos
si no llorasen por él? ..

REY. ¿Tal es vuestro amor?

ISABEL. Señor,
ni mi voz ni mis suspiros
podrán con verdad deciros
la intensidad de este amor.
Perturbador de mi calma,
contrario de mi sosiego,
vive alimentando el fuego
que hoy es incendio en mi alma.
Es una eterna inquietud,
ansiedad interminable,
aspiracion deleitable
de tan extraña virtud,
que grande como la idea
que Dios en su esencia abisma,
se alimenta de sí misma
y en sí misma se recrea.
Sueño de felicidad
que siendo mi único anhelo,
trueca mi existencia en cielo,
en gloria mi soledad;
que entre el gozo y el dolor
nueva vida en mí derrama.
¡Si amor esto no se llama
yo no sé lo que es amor!

REY. (Despues de un momento.)

Don Gonzalo Pimentel
al Rey pidió vuestra mano,
y el Rey que estima á ese anciano
tiene que cumplir con él.

ISABEL ¿Y no quereis que me asombre
con mi desgracia infinita,
si á mí la vida me quita,
y á don Juan le roba el nombre?

REY. ¡Vuestro padre!...

ISABEL. ¿Qué ha de hacer?
aunque observa mi dolor,
entre el deber y mi amor
cumplirá con su deber.

REY. ¿Y don Luis?

ISABEL. Duro y fiero
se opone al bien de los dos:
por esto solo de vos,
remedio á mi mal espero.

REY. ¿Y qué puedo hacer aqui?

ISABEL. Pues veis mi duelo cruel...

REY. ¿Qué?...

ISABEL. Su nombre para él,
y el bien que me falta á mí.

REY. (Pensativo.)
Haceis con tan doble afan
difícil la pretension.

ISABEL. (Desconsolada.)
¡Pues bien!... muera mi pasion
y haced feliz á don Juan.

REY. ¡No hay pruebas!...

ISABEL. (Con fé.) ¡Debeis tenellas!...

REY. ¿Por qué he de tenerlas yo?

ISABEL. Porque anoche las perdió
y hoy aqui venis por ellas.

REY. Ved que es sutil la razon. (Sonriendo.)

ISABEL. Lo será, mas lo estoy viendo,
y á mas me lo está diciendo
á voces mi corazon.

REY. (Ap.) ¡Por Dios que mueve á piedad
tanto amor!—«Si aquel que fué
esto desde el cielo vé,
comprender podrá en verdad

la angustia que siento en mí;
que en vista de tal dolor,
ó he de matar este amor
ó no hacer lo que ofrecí.»

ISABEL. ¿Qué debo esperar?

REY. (Despues de un momento.) ¡Pardiez
que es vuestra estrella tirana!
pero aguardad á mañana,
que habeis de ser vuestro juez.
Que para que obreis mejor,
algo os he de remitir
conque podais elegir
entre su nombre ó su amor.
Y ahora, ¡que Dios con vos quede!

ISABEL. ¿Quién me abona esa esperanza?

REY. Quien todo del Rey lo alcanza.

ISABEL. ¡Vuestro nombre!...

REY. Soy... quien puede.

ESCENA XIII.

DICHOS, D. ALONSO.

ALONSO. ¡Un momento, buen hidalgo!

REY. ¡Hola!... ¿Sois vos?

ALONSO. ¡Un momento!

REY. ¿Qué quereis?

ALONSO. Vos sois testigo
de que aqui he llegado ciego,
sin saber que en mí traia
tan extraño pedimento,
merced á que habeis hablado
á mi padre con misterio;
que á saber lo que traia
yo me negara á traerlo.

REY. ¿Y qué?

ALONSO. Decid al monarca
que en mucho sus honras tengo;
mas que no aspiro á la mano
de Isabel, porque en su pecho
reina un amigo á quien amo;
y esto merece respeto,

en quien como yo ha nacido,
noble, honrado y caballero.

REY. Lo haré.
(Con tono satisfecho mirándole atentamente.)

ESCENA XIV.

DICHOS, D. JUAN.

JUAN. Gracias, don Alonso,
estoy de vos satisfecho;
(D. Alonso le alarga la mano.)
mas no merezco esa mano,
ni vuestra amistad merezco.
(Al Rey.) Caballero, por acaso
desde allí os estuve oyendo;
y quien oculta su nombre,
no da muestras de ser bueno;
vuestra voz he conocido,
y por ella á saber llego,
que sois el mismo que anoche
procuró imponerme miedo
en nombre del Rey: allí
hablasteis con gran secreto
con el alcalde de córte;
y ahora con razon sospecho,
que en cambio de aquella joya
que aclara mi nacimiento,
buscais... no sé qué buscais,
quizá mas que honor, provecho.
Ahora bien; la joya dadme,
que de aqui salir no os dejo,
pues si os resistis, os juro
que podeis daros por muerto.
(Tira de la espada.)

ISABEL. ¡Don Juan!... ¡tened!... apartad.
¡Es mi huésped!.. (Al Rey.) Yo os defiendo!...
¡atrás!... (Á D. Juan.)

ESCENA XV.

DICHOS, D. LUIS, D. DIEGO.

LUIS. (Con respeto apartando á D. Juan.)
¡Salid, buen hidalgo!
JUAN. ¿Le dejais partir?
LUIS. (Con severidad.) ¡Silencio!
¡Partid sin miedo, señor!...
REY. (Despues de mirarle fijamente.)
Gracias, Quijada.
LUIS. (Con intencion respetuosa.) Aqui quedo.

ESCENA XVI.

DICHOS menos el REY.

JUAN. ¿Le dejais partir?
LUIS. (Siempre severo.) ¡Partió!
JUAN. ¡Oh! ¡mal mi rabia resisto!
LUIS. Callad, don Juan, vive Cristo,
que aun soy vuestro padre yo.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Decoracion anterior.

ESCENA PRIMERA.

INÉS, con un cofrecillo y una carta en la mano.

Desde que aquel forastero
entró ayer en esta casa,
todo misterios se vuelve,
todo en confusiones anda.
La niña llora que llora,
el galan rabia que rabia,
los viejos sin entenderse,
don Alonso hecho un fantasma
que va, viene, sale y entra
sin decir una palabra,
y yo preguntando á todos
y todos sin decir nada.
¿Qué serán estos enredos
que tales disgustos causan,
y que mientras mas se embrollan
con mas sigilo se tratan?
¿Qué traerá este cofrecillo,
y qué vendrá en esta carta,
que cual prenda de escribano
sellos y sellos la guardan?...

Eh... ¿quién sabe? Ello dirá,
que á mí con darla me basta.
Lo que mas importa ahora
es que yo apreste mi saya
y mi corpiño de raso
y mis bellas arracadas,
y llenar de ricas flòres
miradores y ventanas.
¡Pues digo si es mala fiesta
la fiesta que se prepara!...
Mas aqui está mi señora.

ESCENA II.

INÉS, ISABEL.

ISABEL. ¿Eres tú, Inés?
INÉS. Os buscaba.
El paje del forastero
que ayer entró en esta sala,
ha traido para vos
este pliego y esta caja.
ISABEL. ¡Caja y pliego!...
INÉS. Vedlos.
ISABEL. Dame.
¿Qué mas te ha encargado?
INÉS. Nada:
solo me ha dicho que el Rey
no sé de qué fiesta trata
por este sitio.
ISABEL. ¿Una fiesta?
INÉS. Dice que viene de caza,
y que toman parte en ella
muchos grandes y su hermana.
ISABEL. Está bien: déjame sola.
INÉS. ¡Cómo, señora! ¿no os llama
la atencion tan fausta nueva?
¡Ver á la córte! ¡al monarca!
¡Una princesa!... ¡los grandes!...
¡tanto paje y tanta dama!
Pues á fé que ha muchos años,
segun los viejos relatan,

que no habrán visto estos campos
una fiesta mas bizarra.

ISABEL. No me importa, vete.

INÉS. ¡Cielos!
No desear ver la gala,
la flor de toda una córte,
digo, ¡y la córte de España!
Cuando tal decis, comprendo
que alguna pena os embarga.

ISABEL. Si tal comprendes, Inés,
¿por qué en hablarme te cansas?

INÉS. ¡No os enojeis!... ya me marcho.

ISABEL. (Viéndola salir.)
¡Gracias á Dios!

INÉS. (Saliendo.) ¿Qué le pasa?

ESCENA III.

ISABEL sola.

Aqui el misterio se encierra
de don Juan; aqui se halla
la prueba que manifiesta
su orígen y su prosapia.
En este pliego, sin duda,
dan explicaciones claras
de lo que á su bien importa,
de lo que á su dicha falta.
Abrirlo quiero y vacilo:
mi mano tiembla, y helada
romper anhela esos sellos
que en su cubierta se graban,
y al tocarlos me estremezco
como si en ellos tocara
no sé qué signos fatales,
augurios de mi desgracia.
¡Oh! no mas duda: es indigno
el miedo que me acobarda:
si logro su bien, ¿qué importa
que de aqui mi daño salga?
(Abre y lee.)
«Dentro de esa caja van

»las pruebas que me pedis,
»mostradlas á don Luis
»y os dirá quien es don Juan.
»Si en vuestro amoroso afan
»su fortuna pretendeis,
»mucho á don Juan alzareis;
»mas sabed, aunque os asombre,
»que al revelarle su nombre
»para siempre lo perdeis.»
(Despues de un momento.)
No en vano mi corazon
dentro del pecho temblaba,
pues que me roba el sentido
el sentido de esa carta.
¡Le pierdo con enseñarle
lo que contiene esa caja,
y si le oculto esas pruebas
le pierdo con ocultarlas!
¡Mal haya la negra pluma
que tales líneas trazara!
¡mal haya el fiero enemigo
que asi mi ventura amarga,
que asi mi bien desvanece,
que asi de una vez me mata!
(Mirando la carta.)
¡Que le pierdo para siempre
si á saber quien es alcanza!
¿Y cómo podré ganarlo
si se ausenta de su patria?
Esfera es esta de fuego
que al circundarme de llamas,
va á convertir en pavesas
todo el amor de mi alma.

ESCENA IV.

ISABEL, D. DIEGO viendo la afliccion de Isabel.

DIEGO. ¿Qué tienes?
ISABEL. (Llorando.) ¡Padre!...
DIEGO. No llores,
que al ver tan hondo despecho,

siento bramar en mi pecho
un infierno de dolores.

ISABEL. ¿Cómo no quereis que vierta
de llanto un raudal perene,
si en ese sepulcro viene
mi dulce esperanza muerta?

DIEGO. ¿Qué caja es esa?

ISABEL. Mi mal.

DIEGO. Pues si el misterio la sella,
¿qué presumes que hay en ella
que pueda serte fatal?

ISABEL. Angustias con que batallo,
sospechas que me maltratan,
pruebas que dichas me matan,
pruebas que matan si callo.

DIEGO. Pues bien, Isabel, si infieres
que tu daño viene ahí,
contempla que el ser te di
y obrarás como quien eres.

ISABEL. ¡Mujer soy!

DIEGO. ¡Tienes honor!

ISABEL. Amor en mi pecho impera,
y antes la duda quisiera
que la muerte de mi amor.
Mas hija vuestra nací,
y aunque sufro de tal suerte,
yo sabré arrostrar la muerte
si la muerte viene aqui.

DIEGO. Asi te quiero, Isabel.

ISABEL. ¡Á Dios mi esperanza fio!... (Abre la caja.)
mirad pronto, padre mio,
lo que dice ese papel. (Lo saca de la caja.)

DIEGO. (Leyendo.) Aun falta romper un sello
que ese misterio encadena:
«Si hoy unida esa cadena
»don Juan ostenta en su cuello,
»prueba será de que Dios
»mas alto fin le depara;
»mas si en él no la ostentara,
»don Juan será para vos.
»Sois amante y sois mujer,
»vuestros dolores respeto;

»pues dueña sois del secreto,
»ya sabreis vos lo que hacer.»

ISABEL. (Con ira.) Lazos ese escrito tiende
al honor que alienta en mí;
padre, quien escribe asi
de achaques de amor no entiende.
Si la dicha de Isabel
está en ocultar su huella,
piérdase mil veces ella
con tal que se gane él.
Rota en dos pedazos viene
(Saca del cotrecillo dos pedazos de una cadena.)
esta cadena... y no hay mas;
ni pruebas vienen detrás,
ni mas la caja contiene.
¿Pero qué otra explicacion
pueden dar esos retazos?
Símbolo son sus pedazos
de mi pobre corazon.

DIEGO. Para unir sus eslabones,
(Registrando une la cadena.)
encajes encuentro aqui.

ISABEL. Nadie podrá unir asi
nuestros tristes corazones.

DIEGO. Mas ó la vista me engaña,
ó claro el misterio veo:
rico y preciado trofeo
del régio escudo de España,
ostenta de este eslabon
el esmalte que le abona.

ISABEL. Un aguila! una corona!

ESCENA V.

DICHOS, D. LUIS.

LUIS. Cielos!... que miro!... el toison!...

DIEGO. Un toison!... (Lo entrega á su hermano.)

ISABEL. (Asombrada.) ¡Dios soberano!...
ya el misterio comprendí.

LUIS. ¡Diego!... ¿Cómo encuentro aqui
este collar en tu mano?

ISABEL. (Mostrando las cartas.) Ved.
LUIS. (Despues de leer.) Escrito de tal ley
solo puede estar trazado...
ISABEL. Por la mano de un malvado!
LUIS. Ó por la mano de un rey.
ISABEL. Cebo quizás la codicia
en ese papel me pone!
LUIS. Y esa sospecha te expone
á caer en la injusticia.
Quizás de la compasion
es producto ese consejo;
mas bueno ó malo te dejo
que decida tu razon.
Pues como de tí se trata
y solo tu bien me obliga,
no quiero yo que alguien diga
que mi fiereza te mata.
ISABEL. (Á D. Diego.) Padre... llamad á don Juan.
LUIS. Antes de dar esas pruebas,
meditar es bien que debas
que en ellas tus dichas van.
Mira que es bien que recuerdes
lo que dice ese papel.
ISABEL. Llamadle.
LUIS. Mira, Isabel
que al mostrárselas lo pierdes.
ISABEL. Ni amor, ni el villano cebo
que ese escrito trae ahí,
podrán impedirme á mí
que obre, señor, como debo.
Que tengo su dicha en mas
que el bien que ese pliego allana;
pues si gana lo que gana,
¿qué me importa lo demas?
DIEGO. ¡Pobre Isabel!
LUIS. (Con orgullo.) Asi abona
de su raza la entereza:
Quien obra con tal nobleza,
bien merece una corona.
Don Juan!... (Llamando.)
ISABEL. (Á D. Diego.) ¡Dicen que el valor
es del hombre solamente!

DIEGO. ¡Hija!
ISABEL. Ved si soy valiente,
que voy á matar mi amor.

ESCENA VI.

DICHOS, D. JUAN.

LUIS. Venid don Juan, que ya el cielo
se muestra de vos dolido,
pues que se rompa ha querido
de vuestra existencia el velo.
JUAN. ¿Qué decis?
LUIS. Que es vuestro nombre
de tanto valor y alteza,
que bien puede su grandeza
llenar la ambicion de un hombre.
JUAN. ¿Tal brillo tiene?
LUIS. Á su lumbre
no hay otra lumbre que exceda,
que apenas hay rey que pueda
sustentar su pesadumbre.
JUAN. Nombre que tanto valor
y que tanta gloria abarca;
nombre que solo un monarca
puede llevar con honor;
¿cuál es? Digno de mi instinto
uno solo alcanzo aqui.
¿Fermenta quizás en mí
la sangre de Cárlos Quinto?
LUIS. ¡Su soplo generador
el ser os dió que os sustenta!
JUAN. ¡Cómo! ¡en mí vive y alienta
el glorioso emperador!...
¡Vástago yo de tal palma!
¿Conque es mi vida su vida,
y el alma que en mí se anida
emanacion de su alma?
Si, lo creo: el ser me dió:
pues si su hijo no fuera,
¿quién en mi pecho encendiera
el valor que siento yo?

Mas si de mi pecho el grito
me da razon de estas nuevas,
vos me dareis otras pruebas,
que otras pruebas necesito.

ISABEL. (Mostrando el toison.)
Aqui las teneis, don Juan.

JUAN. ¡Esto mas. Dios soberano!
¡Pruebas pido, y por tu mano
los cielos hoy me las dan!
Pues que tantas maravillas
derrama Dios sobre mí,
bien es que reciba aqui
tales pruebas de rodillas. (Se arrodilla.)

ISABEL. Aceptad esfe toison,
que pendiente en vuestro cuello,
hoy pone, don Juan, el sello
á vuestra noble ambicion.
Cifrada hallareis en él
la gloria que estais ansiando:
mas no mireis que llorando
os lo presenta Isabel.

JUAN. ¿Dichas á mí, y á tí enojos?
Por Dios que mal me previenen,
dichas que regadas vienen
con el agua de tus ojos.
¿Qué es esto? (Mirando el toison.)

LUIS. Atended, señor,
que en ese joyel de gloria,
se encierra toda una historia
de que he sido guardador.

ISABEL. ¡Señor!... (Queriendo retirarse.)

LUIS. Quédate, Isabel.

ISABEL. (Ap. á D. Luis.) ¡Tened mi dolor en cuenta!

LUIS. (Á Isabel.) Quédate, y escucha atenta
la historia de ese joyel.

JUAN. Hablad. (Profundamente pensativo.)

LUIS. Gigante en fortuna, (Con solemnidad.)
coloso en poder y en nombre,
se hallaba una noche un hombre
velando al pie de una cuna.
Envueltó en pieles de armiño
y entre rica sederia,

su primer sueño dormia
en aquella cuna, un niño.
En honda meditacion
el hombre le contemplaba:
¡Dios sabe lo que pasaba
en su inmenso corazon!
Que en su amoroso embeleso
al ir su frente á tocar,
á un tiempo dejó escapar
una lágrima y un beso.
Ante su intenso dolor
me sentí yerto de espanto;
porque era aquel llanto, el llanto
de todo un emperador —
No extrañes, al fin, me dijo,
esta pena tan sombria;
que Dios con ser Dios un dia
lloró tambien por su hijo.
Este que miras aqui,
nace á vivir ignorado,
la dura ley del estado
lo exije, Quijada, asi.
Te lo entrego: sé su padre,
sírvele de escudo y guia,
siquiera por la agonia
que está sufriendo su madre.
Que del misterio al abrigo
llora y cede á este abandono,
por los respetos de un trono
que no comparte conmigo.
Sacrificio que el honor
hacer al amor ordena,
que amor que el cielo condena
lleva por pena el dolor.—
Faltóle cuando esto dijo
aire y sonido á su acento,
y en mudo recogimiento
tornó á llorar, y os bendijo.
Mas venciendo su afliccion
con esfuerzo sobrehumano,
desunió con fácil mano
los encajes del toison;

y al darme una parte de él
dijo mirando á la cuna:
—Si algun dia la fortuna
se muestra menos cruel,
á terminar su orfandad,
en prueba de mi cariño,
vendrá á pedirte este niño
quien traiga la otra mitad.
Guarda ese rico tesoro;
mas si despues de mi vida
su existencia alguno olvida
con mengua de mi decoro,
cuando el aliento vital
vaya á robarte la muerte,
dale nuevas de su suerte
con ese timbre imperial.
Mas que en nombre de su madre
no pida á nadie consuelo,
que con ella desde el cielo
por él velará su padre.—
Y ya veis que lo ha cumplido,
pues desde el mundo en que está,
hoy nombre y fortuna os da
con ese toison partido.

JUAN. (De rodillas.)
¡Dios soberano! Creador
del mundo en que aliento y vivo;
Dios bueno, de quien recibo
hoy tan supremo favor;
luz de luz, fuente de vida,
faro de amor, bondad suma;
tú, que entre la eterna bruma
tienes tu gloria escondida;
tú, que vives de tu esencia,
tú, que los orbes contienes:
si á mi excelso padre tienes
gozando de tu presencia,
acoge con santo afan
mi voz que un ruego te envia,
por el que triunfó en Pavia,
por el que triunfó en Orán.
(Todos los demas actores se arrodillan y oran un

momento, hasta que D. Diego se levanta y se dirige á su hermano.)

DIEGO. Si mi labio te ofendió
secreto tal ignorando,
hoy tu lealtad admirando
perdones te pido yo.
Para don Juan é Isabel
luce ya distinta estrella,
que él no nació para ella,
ni ella nació para él.

JUAN. ¡Cómo!

LUIS. Esto exigen, señor,
aunque á vuestro bien no cuadre,
la sombra de vuestro padre,
el lustre de nuestro honor.

DIEGO. Si, que quizás en mi mengua,
desdorando mi hidalguia,
alguien murmurar podria
con torpe y cobarde lengua,
que si á tan alta fortuna
mi pensamiento aspiró,
fué porque alguno me dió
noticias de vuestra cuna.
Y antes hiciera morir
á Isabel á puñaladas,
que en menos de los Quijadas
tal se pudiera decir.

JUAN. Cuando mi ventura toco
mi muerte asi pretendeis?

DIEGO. Esto ha de ser.

JUAN. ¿Mas no veis
que voy á volverme loco?

ISABEL. Pues asi lo quiere Dios,
dadme ejemplo de heroismo,
que el cielo ha puesto un abismo
hoy, don Juan, entre los dos.

JUAN. ¡Tú tambien!... ¡El labio sella
si no es matarme tu intento!

LUIS. ¡Señor!... (Calmándole.)

JUAN. Dejadme un momento,
solo un momento con ella.

DIEGO. ¡Mi honor guarda este recinto!

JUAN. ¡Me injuriais hablando asi!
¿Quién puede dudar aqui
del hijo de Cárlos Quinto?
(Salen D. Luis y D. Diego por el fondo.)

ESCENA VII.

ISABEL, D. JUAN.

JUAN. Óyeme, Isabel, en calma;
recoge al dolor la rienda,
que las lágrimas que viertes
me estan matando de pena.
Ni la gloria de mi padre,
ni la altura á que me eleva
el nombre augusto que hoy pone
nuevo lustre á mi existencia,
podrán lograr un momento
que el amor que aqui se encierra,
ante la ley del estado
ó ante la del mundo ceda.
Mi vida es tu amor: no hay gloria
que en mayor estima tenga,
que la gloria que consiga
haciendo tu dicha eterna.
Si soñé con la fortuna,
si he soñado con grandezas,
por tí solamente ha sido,
que por tí mi ser alienta.
Mas hoy que poder y nombre
me buscan porque te pierda,
ni nombre ni poder quiero,
por mas que ese nombre sea,
regocijo de la fama,
y asombro de cielo y tierra.
Toma, Isabel, esa joya:
vuelve á quien te dió esas pruebas,
que á un tiempo me da la muerte
quien me da vida con ellas.
Mi padre desde los cielos
mi resolucion aprueba;
que al ver que asi me desprendo

de toda aficion soberbia,
en mí al sucesor advierte
de aquel que humilde en Bruselas
bajó un dia de su trono
sin corona en la cabeza,
y trocó su régio manto
por un sayal y una celda.

ISABEL. Don Juan, si quien sois, al mundo
ese toison no dijera,
vuestros altos pensamientos
de vos testimonios dieran.
Mas escuchadme con calma
y al dolor tened la rienda,
que es justo que en vos encuentre
claro ejemplo de firmeza.
Desde que el sol de la gloria
alumbra vuestra existencia,
y el nombre de vuestro padre,
casi hasta el trono os eleva,
es nuestro bien imposible,
que el amor que aqui se encierra,
ante la ley del estado
será forzoso que muera.
Grandeza, poder, fortuna,
hoy en mi mal se congregan,
y si ha de ganar la gloria,
es preciso que yo os pierda.
Alto deber os impone
de vuestro padre la herencia;
llenadlo como quien tiene
sangre imperial en las venas.
Que si en el pobre retiro
donde mi amor se guarezca,
un dia á saber alcanzo
que á ser vuestro nombre llega
regocijo de la fama
y asombro de cielo y tierra,
yo bendeciré la suerte
que asi mis venturas quiebra,
que en mas vuestra gloria tengo
que la dicha de ser vuestra.
Desde el cielo donde mora

hoy vuestro padre os contempla:
imitadle, no en lo humilde,
imitadle en su grandeza;
que acaso el remordimiento
de alguna pasion funesta,
le obligó á dejar un dia
corona y trono en Bruselas,
y á trocar su régio manto
por un sayal y una celda.

JUAN. ¿Eso dices?

ISABEL. Eso digo,
que aun en mi pecho resuena
la narracion misteriosa
que el hondo pesar revela,
de la que madre y amante
por conveniencias supremas,
tuvo que ocultar un dia
con su pasion su vergüenza,
y al hijo de sus entrañas
ceder á manos ajenas.

JUAN. Mas si á mi nombre renuncio,
¿por qué igual suerte recelas?

ISABEL. Porque habrá quien os obligue
sin que os valgan resistencias.

JUAN. Mi vida, Isabel, es mia.

ISABEL. Alguien por suya la cuenta.

JUAN. ¿Quién disponer de ella puede?

ISABEL. Quien puede venir por ella.

JUAN. ¿Y á dónde podrán llevarla?

ISABEL. Á ganar gloria en la guerra.

JUAN. Desde que murió mi padre,
glorias que alcanzar no quedan.

ISABEL. Moros tiene la Alpujarra,
piratas la mar infestan.

JUAN. ¡Ay de piratas y moros
si de tu lado me alejas!

ISABEL. Forzoso será.

JUAN. ¿Eso quieres?

ISABEL. Eso los cielos ordenan.

JUAN. ¿Y esto es amor?

ISABEL. Esto es honra.

JUAN. ¡Es crueldad!

ISABEL. Es fortaleza.
JUAN. Vete pues.
ISABEL. Dadme al olvido.
JUAN. Muerto quedo.
ISABEL. Y yo voy muerta.
JUAN. ¡Ay, mi Isabel!
ISABEL. ¡Ay, don Juan!
JUAN. ¡Sé feliz!
ISABEL. ¡Dios os proteja!

ESCENA VIII.

D. JUAN. (1)

Madre, tú que sola y triste,
flor entre el musgo escondida,
rendiste al amor tu vida
y al dolor mi vida diste:
tú, que ignorada sufriste
el martirio del querer,
dime qué debo yo hacer,
pues igual dolor sufriendo,
aquí me encuentro muriendo
por amor de una mujer.

—

»En este santo retiro,
»bajo su sagrado techo,
»ella arrancó de mi pecho
»de amor el primer suspiro.
»Loco por ella deliro,
»mi bien se cifra en querella;
»mas ved si es negra mi estrella,
»que muriéndome de amor,
»por miramiento á su honor
»tengo que alejarme de ella.

—

»Si por pérdida del Rey,
»denunciándome la fama,

(1) El actor podrá hacer mas ligero este monólogo suprimiendo las décimas entrecomadas.

»un dia al poder me llama
»el cariño de mi grey:
»si por respeto á la ley
»y del trono por respeto,
»su vida y su amor sujeto
»al suplicio del sufrir;
»madre, ¿no es mejor morir
»que dar su amor al secreto?»

—

Dilo tú, sombra de gloria,
que cerca de Dios estás:
dilo tú, que no tendrás
mas templo que mi memoria:
tú, que encerraste tu historia
en las sombras y el dolor;
dime, madre, ¿qué es mejor?
¿llevar con fé mi quebranto,
ó entregar á eterno llanto
toda una vida de amor?

—

Si es purgatorio anhelar,
ver el agua y no beber,
infierno es el poseer
y poseyendo callar:
dígalo sino el pesar
y tu tormento prolijo,
que en tu amor constante y fijo,
en retiro misterioso,
fuiste esposa sin esposo
y fuiste madre sin hijo.

—

Pues honor y mi razon
me mandan que sufra y pene,
antes que á muerte condene
de Isabel el corazon,
salga de mí esta pasion
que está royéndome el pecho;
pues mas en ley y en derecho
obra, quien de tí nacido,
lamenta su amor perdido
y no su amor satisfecho.

—

(Mirando el retrato del emperador.)
Padre, perdóneme Dios
mi presuncion altanera;
pero en esta lucha fiera
me juzgo digno de vos.
Decid, ¿cuál es de los dos
mas grande, señor, aqui?
Vos, que mirais desde ahí
mi amor inmenso y profundo;
¡vos, que triunfasteis del mundo!
¿ó yo que triunfo de mí?

ESCENA IX.

D. JUAN, D. ALONSO, que entra presuroso.

ALONSO. Salid, don Juan, á ese campo,
vereis la córte de España
que derramando grandezas
por el monte se adelanta.
Del sol al claro reflejo
brillan cintillos y bandas,
y á su luz relampaguean
plumas, caireles y espadas.
De gala está la campiña,
el pueblo todo de gala,
de fiesta los labradores
y alegres las aldeanas.
La justicia está de serio
á las puertas de esta casa,
y al frente de la justicia
el alcalde con su vara.
Músicos vienen con ella
que solo el momento aguardan
para ensordecer los aires,
á que se acerque el monarca.
¿Qué haceis? Desde este balcon
se ve ya la cabalgata:
llegad, que no siempre el Rey
viene á estos campos de caza.
(Entra en el balcon.)

JUAN. (Ap.) ¡Dios mio!... ¡llegó el momento!...
¡vida y aliento me faltan!

ESCENA X.

DICHOS, INÉS apresurada.

INÉS. ¡Doña Isabel!... ¡Ah!... ¡Don Juan!
¿Qué haceis solo en esta sala?
Salid y vereis la córte
que viene por la campaña.
¿Dónde está doña Isabel,
que no se asoma á mirarla?
¡Señora! (Entra en su habitacion.)

ESCENA XI.

D. JUAN, solo.

¡Todos alegres!
¿Quién adivina mis ansias?
¡Me matan con tales nuevas
y no saben que me matan!
¡Ay, padre! ¡Cuánto me cuesta
la altura á que me levantas!
Toison de gloria es el tuyo,
mucho con él me realzas;
mas viene á ser en mi cuello
dogal de mis esperanzas.
(Se pone el toison.)

ESCENA XII.

D. JUAN, D. LUIS, D. DIEGO, ISABEL, INÉS.

LUIS. Don Juan, deber y respetos
salir al campo nos mandan,
pues presumo que esta fiesta
solo por vos se prepara.
JUAN. (Ap. viendo á Isabel.)
¡Dios mio, Isabel!
INÉS. (Á Isabel, oyendo á D. Luis.) ¿Qué dice?

ISABEL. (Ap.) Silencio, Inés, oye y calla.
LUIS. Alzad la frente, don Juan,
que á fé que podeis llevarla,
como siempre la han llevado
los que son de vuestra raza.
No os asuste la grandeza
ni la pompa cortesana;
mirad quien sois, por que sois
del César la semejanza.
Haced porque aquel que os busca
encuentre en vuestra mirada,
la luz que eclipsó las glorias
del rey Francisco de Francia.
JUAN. (Con tristeza.) No temais, padre.
LUIS. (Enternecido.) ¡Ay! señor,
aqui tal dictado acaba,
que aqui comienza un criado
que humilde os pide una gracia.
JUAN. Hablad.
LUIS. Os mecí en la cuna,
jóven era y peino canas:
de vuestra vida he vivido,
y si el Rey de vos me aparta...
JUAN. (Abrazándole.) No prosigais, padre mio,
vos vendreis donde yo vaya,
que ingrato mil veces fuera
si el Rey de vos me apartara.
(Música y voces dentro.)
¡Viva el Rey!...
LUIS. Presto, corramos,
¡ya estan ahí!
ISABEL. (Procurando ocultar su dolor.)
¡Dios me valga!
JUAN. ¡Don Diego!... ¡Isabel!
(Estrecha la mano al uno y besa la otra.)
ISABEL. (Animándole á la par que llora.) ¡Valor!
JUAN. (Á D. Luis.)
Vamos, que me duele el alma.

ESCENA XIII.

DICHOS, D. LUIS saliendo del balcon.

ALONSO. ¿Dónde vais? tened, ya es tarde,
que el Rey con mas eficacia,
pues que nadie baja á verle,
sube á veros á esta sala.
LUIS. ¿Qué decis?
ALONSO. Que yo lo he visto
llegar á vuestra morada,
descabalgar, entrar solo
y subir.
LUIS. ¡Honra tan alta!
Salgamos á recibirle.
¡El Rey aqui!...

ESCENA XIV.

DICHOS, el REY con toison.

REY. (En la puerta.) ¿Qué os extraña?
INÉS. ¡El forastero!
TODOS. (Reconociéndolo y cayendo de rodillas.)
¡Dios santo!
REY. (En medio de todos.)
¿Por qué mi aspecto os espanta?
¿No puede el Rey de Castilla
venir á ver á un Quijada?
LUIS. ¡Señor!... (En ademan de disculparse.)
REY. No pidas perdones,
que harto entiendo y se me alcanza
que si ayer al Rey no viste
fué porque el Rey se ocultaba.
LUIS. ¡Señor!...
REY. En ello probaste
tu prudencia acrisolada,
que nunca al Rey debe verse
donde el Rey no se declara.
Alzad. (D. Juan queda de rodillas.)
¿Qué haceis de rodillas?

(Solemnemente y poniendo la diestra sobre la cabeza de D. Juan.)
Levantad, don Juan de Austria,
que del tronco de mi vida
sois tambien ilustre rama.

JUAN. ¡Señor! (Mirándole enternecido.)

REY. Venid á mis brazos,
que asi cumplo la palabra
al que en su lecho de muerte
vuestro ser me revelara.

JUAN. ¡Ah, señor!... (Se abrazan.)

ALONSO. (Asombrado.) ¿Qué es esto, cielos?

REY. Mi hermano sois: pruebas claras
me dieron antes de anoche
vuestro esfuerzo y arrogancia,
y las líneas de ese rostro
que el rostro del César marcan.
Su espíritu soberano
sin duda en vos alentaba,
cuando á mi alcalde de córte
disteis, demandando gracia,
la mitad de ese toison
que hoy pecho tan noble esmalta.

ALONSO. (Entusiasmado.)
¡Viva el infante!...

REY. (Con severidad fria.) ¡Silencio!...
¿Quién grita donde el Rey habla?
—Don Juan, mi córte está fuera,
con ella viene la infanta;
mas ninguno de ellos sabe
de esta visita la causa.
Aqui llora una mujer,
esa mujer sé que os ama:
decir quién sois es perderla,
guardar silencio es ganarla.
Entre la luz y la sombra
vuestra existencia se halla;
yo os permito que escojais
entre el misterio ó la fama.
Lo que hagais será bien hecho,
mi honor aqui os lo afianza;
(Mirando á todos.)

y el que esté bien con su vida,
callará cuanto aqui pasa.
Mientras hablo á la justicia,
haced, don Juan, lo que os plazca,
que el Rey y el hermano aprueban
lo que aqui el Infante haga.

ISABEL. (Se inclina y le besa la mano.)
¡Señor!...

REY. (Á Isabel.) Hice lo que pude:
ahora esperad resignada
á que del cielo se cumpla
la voluntad soberana.
(Á D. Diego.)
Señor Duque del Amparo,
quien amparó la desgracia
bien es que corona ostente
sobre el blason de sus armas.
(Á D. Alonso.)
Pimentel, por la fortuna
que aqui perdais, os aclama
mi voz paje de cortina
y capitan de mi guardia.

ALONSO. (Inclinándose.)
¡Señor!...

REY. (En ademan de salir: movimiento en todos.)
Ninguno se mueva,
nadie venga en mi compaña,
que pues entré con misterio,
con misterio es bien que salga.
Don Juan, volvedme los brazos
y resolved sin tardanza.

JUAN. (Besándole la mano.)
¡Señor!...

REY. (Á D. Luis.) De lo que decida,
llevadme nuevas, Quijada,
(Poniéndole la mano con cariño sobre un hombro.)
y sabed que sois amigo,
amigo del Rey de España.

ESCENA XV.

DICHOS menos el REY.

ALONSO. Señor, pues que soy testigo
de un suceso tan notable,
dejad que un instante os hable
vuestro esclavo ó vuestro amigo.

JUAN. Decid.

ALONSO. Que adoro en secreto
á Isabel, sabido es ya:
si he callado, claro está
que ha sido en vuestro respeto.
Que mi padre al Rey pidió
sin mi licencia su mano,
tambien es sabido; y llano
que el Rey su vénia otorgó.
Culparme por ello fuera
hacerme agravio indebido,
porque á haberlo yo sabido
su pretension impidiera.
Ahora bien; si por honor
á mi padre, aqui tal vez
no os atreveis á ser juez
en vuestro propio favor,
yo su demanda levanto,
que es bien que la dicha empiece,
de la que tanto padece,
de la que os adora tanto.
Hacedla feliz, señor,
dad la ventura á su alma,
que bien merece esa palma
quien os muestra tanto amor.
No penseis en lo que callo,
pensad solo en lo que os digo,
que si esto os debe el amigo
ya os debe mas el vasallo.

JUAN. (Estrechándole la mano.)
¡Hidalgo desprendimiento
propio de un alma tan buena!
(Con apasionada resolucion.)

Isabel, basta de pena,
basta ya de sufrimiento.

ISABEL. ¡Cómo!... qué quereis hacer?

JUAN. ¡Vivir contigo!

ISABEL. (Con entereza.) Señor,
entre el deber y el amor,
lo primero es el deber.
Abajo el Rey os espera.

JUAN. ¿Esa es tu respuesta? (Sorprendido.)

ISABEL. (Dolorosamente.) Si,
que si amor os llama aqui
el deber os llama fuera.

JUAN. Si exiges mi apartamiento,
¿quién calmará tu afliccion?

ISABEL. (Con dolorosa energia.)
Paz me dará la oracion,
tranquilidad un convento.
(D. Diego se oculta el rostro llorando.)
El bien que en Dios se atesora,
hallaré orando á sus pies.

JUAN. (Despues de ver á D. Diego lleva á un lado á Isabel y la habla en voz baja.)
¡Imposible!

ISABEL. ¿Qué?

JUAN. ¿No ves
que tu anciano padre llora?
¿No ves que con tal crueldad
la vida tu amor le quita?
¿No ves que te necesita
su cansada ancianidad?

ISABEL. (Sollozando.)
¡Ay, padre!... ¿Y qué debo hacer?

JUAN. Un sacrificio mayor,
que entre el deber y el amor,
lo primero es el deber.

ISABEL. ¡Con mis armas me matais!

JUAN. Á tu propio ejemplo apelo.
(Despues de un momento.)

ISABEL. Pues que asi lo quiere el cielo,
haré cuanto vos querrais.

JUAN. El Rey otorgó tu mano (Con esfuerzo doloroso.)
á don Alonso!

ISABEL. (Se oculta el rostro con dolor.) ¡Oh crueldad!...
JUAN. (Con gran esfuerzo.)
Premia su noble lealtad,
consuela á tu padre anciano.
ISABEL. (Procurando reponerse.)
Bien está.
JUAN. Y asi los dos,
tendremos á Dios propicio;
que si es grande el sacrificio,
grande es la bondad de Dios.
(En voz alta.)
Don Alonso Pimentel,
de mi eterno afecto en muestra,
llegad, Isabel es vuestra,
haced dichosa á Isabel.
ALONSO. ¡Señor!...
JUAN. (Trémulo de pena.) Yo lo quiero asi.
DIEGO. (Abrazando á su hija.)
¡Hija!
ISABEL. (Desconsolada.) ¡Ay padre!
ALONSO. (Con asombro ap.) ¿Estoy soñando?
JUAN. (Mirando al cielo.)
¡César!... si me estás mirando,
¿estás contento de mí?
LUIS. (En voz baja.)
El Rey aguarda, señor.
JUAN. (Despues de un momento.)
¡Vamos!... (Á D. Alonso.) Venid vos conmigo,
que es justo que sin testigo
ella apure su dolor.
(La escena queda en silencio: Isabel llorando sobre el pecho de su padre hasta que vuelve á sonar la música. Inés ha corrido al balcon en el momento en que los demas han salido.)

ESCENA XVI.

D. DIEGO, ISABEL, INÉS.

ISABEL. Esa música!... Se fué
(Desprendiéndose de los brazos de su padre.)
sin darme el adios postrero!

¡cómo, si tanto le quiero,
vivir sin su amor podré!...

INES. Mirad, todos le hacen plaza:
(Isabel demuestra con la fisonomia las impresiones que la produce la descripcion de Inés.)
todos admiran su porte:
el Rey lo muestra á su córte:
ahora la infanta lo abraza.
Un bravo corcel le dan:
mira aqui: le aclaman!...

VOCES. (Dentro.) ¡Viva!...

INES. ¡Ya parte la comitiva!...
¡Que Dios bendiga á don Juan!

DIEGO. (Sosteniendo á Isabel.)
¡Hija del alma!... ¡valor!...

ISABEL. (Cayendo de rodillas.)
Dios del cielo, yo te exijo
que hagas mas feliz al hijo
que lo fué el emperador.
Por este cáliz que agoto,
por las penas que hoy me das,
que nadie sepa jamás
lo que cuesta un TOISON ROTO.

FIN.

El rapacin de Candas, M.
El hombre feliz (monólogo), M.
El sonámbulo, M.
Gracias á Dios que está puesta la mesa, L.
Guerra á muerte, M.
Impresiones de viaje, L.
Julio César (monólogo), L.
La cotorra, L.
La pupila, L.
La cruz de los Humeros, M.
La zarzuela (mitad), L.
La dama del Rey, M.
La vuelta del Corsario (2.ª Pte. de *El Grumete*), M.
Lo que de Dios está, L. y M.
Las bodas de Juanita, L.
Los dos ciegos, L.
Los guardias del rey de Siam. M.
Pablito, L.
Por cana más ó ménos, L. y M.
Por un paraguas, L. y M.
Un ayo para el niño, M.
1864 y 1865, M.
La sombra de Nino, L. y M.
Cuando Dios quiera, M.
Doña Casimira, M.

EN DOS ACTOS.

Bruschino, L.
De incógnito, L. y M.
El Postillon de la Rioja, L.
El resucitado, L. y M.
Entre mi mujer y el negro, L.
La cola del diablo, L.
Llamada y tropa, M.
Marina, M.
Muerta en el bosque, L. y M.
¡Quien manda, manda! M.
A cadena perpétua, L. y M.

EN TRES Ó MÁS ACTOS.

Amor y misterio, L.
Amor y arte, L. y M.
Amar sin conocer, L.
Azon Vizconti, M.
Cadenas de oro, M.
Catalina, L.
Campanone, L. y M.
Dos coronas, M.
El arca de Noé, M.
El valle de Andorre, L.
El hijo de familia ó el lancero voluntario, L. y M.
El sargento Federico, L.
El juramento, L
El paraiso en Madrid, L.
El secreto de una dama, L.
El agente de matrimonios, M.
El caudillo de Baza, L. y M.
El dominó azul, M.
El planeta Vénus, M.
El toque de ánimas, L. y M.
Galanteos en Venecia, L.
Giralda ó el marido misterioso, L. y M.
La embajadora, L. y M.
La Caceria real, M.
La Estrella de Madrid, M.
La tabernera de Lóndres, M.
Los filibusteros, L.
Los piratas, L.
Los Madgyares, L.
Los circasianos, L. y M.
Margarita, L.
Mis dos mujeres, L.
Rival y duende, L. M.
Un dia de reinado (mitad), L.
Un estudiante de Salamanca, L. y M.
Un viaje al rededor de mi suegro. L.
Un trono y un desengaño (3.ª parte), M.
La ínsula barataria, M.

Cuando se ejecute alguna obra, cuya propiedad ignoren los señores comisionados, exigirán el libro impreso para si pertenece á esta Galería reclamar y cobrar los derechos.

OBRAS.

Comentarios del emperador Carlos V. *Rvn.* 16.
Historia de la música española, 4 tomos, 100.
Ecos nacionales (poesías) 12.
Ecos del alma (Id.), 8.
Veladas poéticas (Id.), 6.
El beso de Júdas (novela), 6.
La niña expósita (Id.), 8
Historia de una venganza (Id.), 8.
Una virg. y un dement. (Id.) 8.
Reló aritmetico, 10.

3 0112 127859343

VENTA EN MADRID.

LIBRERIA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. JOSÉ CUESTA, CARRETAS, 9.

SRES. MOYA Y PLAZA, CARRETAS, 8.

DON ALFONSO DURAN, CARRERA DE SAN GERÓNIMO, 8.

EN PROVINCIAS.

EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS.